Parque Natural de Cazorla, Segura y las Villas

CARTAS DESDE LA SIERRA - I

EL ÚLTIMO EDÉN- 27 © José Gómez Muñoz

DEDICATORIA:
Este libro, es un homenaje a las madres buenas que en silencio, cada día y gota a gota, van dando su vida pos los hijos y familia. Así fue la mía hasta el momento en que Dios le dio su beso. En homenaje a ella y tantos otros millones de madres santas en el mundo, este libro.

NOTA DEL AUTOR:
En las sierras del Parque Natural de Cazorla, Segura y las Villas, en tiempos pasados, los mil habitantes de cortijos y aldeas, entre sí, ellos se llamaban con la expresión de hermano o tío. Lo usaban en sentido cariñoso o familiar. La hermana Anica, el hermano Amador, la tía Quica, el tío Juan Paco, eran expresiones de cariño fraternal entre ellos. Los fragmentos literarios que recogen este librico, van transcendidos de ese perfume que no es otro que El BESO DE DIOS, para con los humildes, siempre arropados por la naturaleza y la soledad de las montañas.

CARTAS DESDE LA SIERRA - I

Semana Santa '99

José Gómez Muñoz

Recibí tu carta y por ella quedo enterado de que estáis bien y que los niños, crecen llenos de alegría y salud. Me alegro de ello porque tanto tú como tu mujer, os lo merecéis. Sois dos buenas personas como siempre fueron los de esta tierra tuya. Y os lo digo de corazón. Tal como lo siento y tantas veces lo he comprobado.

De lo que me dices que te acuerdas mucho de estas sierras, el cortijo donde naciste, te criaste y guardaste las ovejas, te respondo que lo comprendo. Por lo que voy descubriendo, cuando pasa el tiempo y las personas se van haciendo mayores, una de las cosas que más les consuela, es rememorar sus vivencias de niños. Y a los serranos, no sé qué os sucede, que todos los que de aquí salisteis por una causa u otra, ahora no hacéis nada más que pensar en estas tierras. A todos los que conozco, os pasa lo mismo y lo que deseáis es volver otra vez por aquí. Todos queréis volver. ¿Qué os pasa?

Ya sé que de este tema hemos hablado en muchas ocasiones. Siempre me decías y me dices que la sierra es

como una droga que engancha y aunque uno haga por olvidarla, no puede. Que aquí se respira aire puro, se consuela uno oyendo correr a los arroyos y que se alegra el alma, con sólo mirar al cielo y dejarse llenar de sus azules limpios. Que como la sierra, no hay nada en el mundo. Y que en las ciudades donde ahora os recluís tantos serranos, como son tan grandes, hay tantos coches, las calles sólo tienen asfalto y todo es prisa y más prisa, no se puede vivir. Siempre me repites las mismas cosas y claro, yo te puedo comprender un poco, pero ¿qué quieres que te diga? Aquello fue como fue y aunque sin permiso de Dios, nada sucede bajo el sol, a los humanos nos ha dejado libres para lo bueno y para lo malo.

Cuando vengas este verano, podemos hacer como aquellas tardes: nos vamos de ruta por las sendas que conoces y tanto te gustan y junto a las fuentes sonoras, como siempre dices y las cascadas bailarinas, nos sentamos. Frente a la gran sierra, desde ese rincón tan oculto y donde nadie va, charlaremos de todos los temas que tienes en cartera. Tengo que confesarte que a mí también me gusta oirte. No sé qué tiene esa manera tuya de hablar y sentir a la sierra, que me atrae. Me convence y hace que me ponga de tu lado. Cuando vengas este verano, ya verás qué bien nos lo vamos a pasar subiendo a las cumbres y dando una vuelta por las ruinas de aquellos cortijos que tanto añoras. Las zarzas ya han crecido mucho más y las paredes siguen desmoranándose, pero el cortijo que llevas dentro, nunca morirás. Eso lo sé.

Del tema que tantas veces hemos removido, la libertad soñada, me dices que se te ha complicado aun más. Que eres menos libre cada día porque ahora ha venido un nuevo jefe, el Oso, que es como lo llamáis en la empresa, que no deja en paz a nadie. “Lo quiere renovar todo, tiene bajo sospecha a medio mundo, no es ni siquiera educado cuando se dirige a los

que manda y para colmo, se cree el salvador del siglo. Así que fíjate, me arranqué de mi tierra y vine a la ciudad buscando fortuna y libertad, y ahora, ni tengo dinero ni tierra ni soy libre. Sometido a un dictador sin corazón ni educación y sin ninguna posibilidad de escapar. ¿Quién deja el trabajo como están las cosas hoy?” Pues de este tema, lo único que puedo decirte es que lo siento mucho. En esta carta, un poco más adelante, retomaré el asunto al hablarte de aquella mujer, por la que me preguntas, que por no perder su libertad, decidió morir sola y en la más profunda belleza de estas montañas. También en otra, si puedo y las cosas no se complican más, te contaré algo de la historia de aquel hermano nuestro que lleva en su alma lo que él llama El Sueño más Bello.

Me encontré el otro día, ahí en el arroyo del Zarzalar y cerca de las ruinas donde vivió la que ahora tiene el Hotel de la Golondrina, a una familia. Estaban sentados a la sombra de unos pinos, cerca de la corrriente del arroyo y parecía que allí habían instalado su campamento. Cuando me acerqué, los saludé y al poco de hablar con ellos me dijeron algo parecido a lo que tú tanto me repites. Que ellos se habían criado en el cortijos de los Pingos, casi en la cumbre del Blanquillo y aunque ahora llevaban ya muchos años fuera de estas tierras, en cuanto les dan las vacaciones, vuelven. Y en cuanto llegan a estos paisajes, lo que más les gusta es venirse a la soledad sonora de este rincón y arroyo. Aquí se pasan el día entero, la semana y el mes de vacaciones. No tienen otra diversión y dicen que tampoco ni la necesita ni la echan de menos. Que con estar metidos en el rincón que tanto añoran, les sobra aunque no hagan otra cosa que pasarse el día oyendo el rumor de la corriente del arroyo, el chirriar de la chicharras y el graznar de los cuervos. ¡Los serranos sois así y no tenéis remedio!

Me preguntas que sí ha venido mucho turismo esta Semana Santa por la sierra. Y te respondo que ha sido una avalancha tremenda. Se ha llenado de gente hasta los rincones más apartados. El buen tiempo ha contribuido a que la gente vengan por aquí en cantidades nunca esperado. Se nota que las personas de las ciudades, cada vez más tienen verdadero deseo de escaparse y perderse por estos campos. Lo de esta Semana Santa por la sierra, ha sido lo nunca visto. Los campings del eje del río Guadalquivir, los hoteles y las casas rurales que ahora han abierto en aldeas y pueblos de estas sierras, se han visto rebosando. Ni para comer se encontraba una mesa.

Y te doy esta información no de oídas, sino porque he tenido la oportunidad de vivirla en directo. Esos amigos que conoces, estuvieron por Úbeda unos días y me pidieron que les acompañara a la sierra. Fuimos el domingo de resurrección pensando que este día iba a ser más tranquilo, pero nos equivocamos. Salimos de Úbeda tempranico, desayunamos en Cazorla, remontamos al Puerto de las Palomas, cruzamos por el Empalme del Valle, atravesamos el río Guadalquivir por la Cerrada de Utrero y siguiendo la pista de tierra que recorre toda la Cuesta del Bazar, coronamos a las Navas de San Pedro. El plan era atravesar los Campos de Hernán Pelea, pensando en la tranquilidad del día, la claridad y limpieza del cielo y como ya estaba apretando un poco el sol, teníamos cierta confianza de no encontrar problemas con la nieve. Por aquí nevó hará dos semanas y bien. Todavía no han vuelto los pastores que pasan el invierno en Sierra Morena.

Y tengo que decirte que el recorrido, desde la Nava de San Pedro hacia los Campos, resultó encantador. No ha brotado aún la primavera, pero los campos se presentan repletos de verde y chorreando agua por cualquier peña. Las

nieves que se están derritiendo, en estos días de primavera, dejan agua por cualquier sitio, en cantidad y limpia como el cristal. Tú conoces bien este tema por las veces que lo has visto.

Pues al cruzar por las praderas donde estuvo el cortijo de Prao Maguillo, algo más arriba nos paramos y fuimos a ver la Cueva Secreta. ¿Te acuerdas? Aquel día entramos y la recorrimos casi hasta lo más profundo. No llegamos al final porque el miedo se apoderó de nosotros, pero cuando salimos, nos prometimos que un día tendríamos que explorarla hasta sus tramos últimos. ¿Qué misterios encerrará esa cueva?

Con los amigos estos, sólo exploramos los primeros metros porque no veníamos preparados para más y también porque allí mismo, en las ricas praderas de hierba que se extienden por entre esos riscales, pastaba una manada de grandes ciervos. Al verlos ellos, se entusiasmaron y se fueron detrás con el deseo de hacerles algunas fotos. Como era previsible, no lo consiguieron porque ya sabes cómo corren y se esconden estos animales por el campo.

Algo más adelante, en el mismo estrecho de Perales, también nos paramos con la intención de beber agua en la fuente de la peña. Ya sabes, la que sale por el agujero que se abre en el mismo corazón de la gran risca, por cuya base, pasa aquella vieja senda. ¡Qué bonita es esa fuente y cómo hierve el agua limpia al salir por el estrecho agujero! ¿Te acuerdas cuando aquella mañana del macho montés? ¿Y te acuerdas aquella otra mañana que el frío de la noche había vestido a los pinos con un precioso traje de escarcha?

Pues hoy nos llevamos una sorpresa porque la fuente ya no está. Al principio no la encontré y buscándola, bajamos

hasta el mismo cauce limpio del arroyo de Valdetrillos. Saltamos por las gigantescas rocas del tejo de la hiedra y como en la mañana, la vimos tan bonita, le hicimos varias fotos. Ya te mandaré una porque han salido de lujo. Y el arroyo venía repleto como pocas veces lo he visto. Suave antes de entrar al estrecho y claro como la misma luz del día, pero a la fuente, no la encontraba. Al subir por la vieja senda que todavía se conoce algo, vi las tobas y los juncos y entonces siguiéndolos, di con la pared rocosa donde se abre el agujero. Y me quedé sorprendido porque el agujero sí está y creo que hasta más grande y oscuro, pero por él no sale ni una gota de agua. Me dije que era imposible, pero lo que mis ojos estaban viendo, no era un sueño.

Los amigos me dijeron que tal vez fuera por lo poco que ha llovido este año. Les contesté que eso es verdad, pero a continuación les dije que en pleno mes de agosto, yo la he visto muchas veces echando, pero que mucha agua.
- Casi nunca se ha secado esta fuente.
Les seguís diciendo mientras tocabas las tobas con mis manos como queriéndome cerciorar que aquellas piedras son las mimas que tanto rozamos a lo largo de los años pasados.

Allí dejamos el silencio de la mañana, las grises rocas de ese bellísimo estrecho de Perales y remontando, seguimos con la ruta camino de los Campos. Al asomar al collado de la casa forestal de Fuente Acero, nos sorprendió la impresionante sierra de la Cabrilla. Todavía estaba cuebierta por la nieve y como el sol la besaba limpio, brillaba con una luz única. Pocas veces he visto yo a estas sierras tan bonitas. Y claro que enseguida me acordé que ahí fue donde estuvieron las últimas parejas de quebrantahuesos. Los dos sabemos que los hemos visto muchas veces y por eso, ahora y aquí te digo, que como ya se extinguieron hace muchos años, desde hace un tiempo

andan trabajando en un proyecto curioso. Lo quiere reintroducir en este parque natural y por eso, en el rincón que aquel día te dije, lo están criando en cautividad. Estos días de atrás lograron sacar el primer poyo vivo, pero se murió enseguida. Se han gastado ya un montón de millones, pero dicen que es necesario. ¿Qué opinas tú?

En el Collado Bermejo, donde sigue la cadena cortando a la pista para que los coches no puedan bajar hasta la laguna, había un montón de vehículos. Casi no cabían por allí, pero nosotros no paramos. Les dije a los amigos que otro día los llevaría a esas preciosas lagunas de Valdeazores. Las que son tan verdes y bonitas de verdad cuando nadie anda por allí y no en días como los de hoy. Así que seguimos y en unos metros nos tropezamos con la fuente de piedra que hicieron al lado de arriba de la pista. Hoy sí tenía agua y era porque allí mismo se amontonaba la nieve y como el sol la estaba derritiendo a marcha forzada, el agua rebosaba hasta por las piedras.

En la otra fuente de piedra y con su pilarico, también corría un chorrillo limpio. Yo sé que estas dos fuentes, en cuanto el sol apriete algo más y avance la primavera, se secan. Y al coronar al collado de la Zarca, el del pino gigante que tiene la mitad de sus raíces cortadas y fuera de la tierra desde cuando hicieron la pista por aquí, nos quisimos meter para la izquierda que es donde todavía se alzan las paredes de la vieja casa de Pablo, pero no pudimos. Han puesto una cadena y luego han formado como una barrera de piedras para que los coches todoterrenos, no puedan entrar. Y es que las personas se meten por cualquier sitio.

Por las tierras llanas y tupidas de majoletos de Cañada Pajarera, nos paramos un rato. La hierba ya se amontona en las ricas praderas de estas navas y como la nieve no dejaba de

derretirse, el agua corría limpia, suave como la misma brisa del día y tan rumorosa que hasta el espíritu se quedaba extasiado. Ellos hicieron algunas fotos mientras yo me quedé por allí perdido un rato intentando averiguar qué era lo que me transmitía tan delicado espectáculo. ¿Te acuerdas tú que casi siempre que por este rincón hemos venido nos ha pasado esto? Parado frente a tan cristalinas aguas, nos hemos quedado mirando, sintiendo, tú sabes qué y yo también, pero nunca hemos encontrado palabras adecuadas para nombrar tal sensación. ¿Te acuerdas de aquellas tardes de abril?

Un poco antes de llegar al control de Rambla Seca, donde en verano se refugian los pastores, a la izquierda y por entre los grandes y viejos pinos laricios, nos encontramos un montón de personas comiendo libremente en las praderas de hierba que por ahí crecen. Los coches todoterrenos, estaban allí mismo y ellos, se notaban que eran amigos o familiares, invadiendo las partes más bonitas de esas praderas y con las mesas puestas y a su alrededor, un batallón comiendo, bebiendo y hasta acostados a sol. Así de pronto, hasta resultaba hiriente a la vista un tan tremendo espectáculo, pero luego dijimos que también tienen derecho. Aunque los paisajes y, los que por aquí venimos con intenciones, lo pasen y pasemos mal.

Algo más adelante, nos volvimos a encontrar con otro grupo casi igual de grande y nosotros seguimos. Atravesamos Rambla Seca, por la izquierda nos dejamos el carril que lleva a los Charcones y al rebasar el pilarillo del descansadero para los rebaños que hacen la vereda de trashumancia, nos paramos. De pronto, como tú bien sabes, los campos se nos presentaban con toda su rotunda belleza. Silenciosos, verdes ya en las praderas aunque todavía con la hierba enratoná, anchos, profundos y manchados por multitud e irregulares

rodales de nieve. El cielo se cernía limpio y azul y desde el horizonte que se duerme por las cumbres de las Palomas, las nubes blancas se alzaban en manadas. ¡Qué bonitos estaban los Campos el domingo de resurrección a media mañana!

Más adelante, por el refugio de Monterilla y por Cañada Margoso, aun estaban mucho más bonitos y manaba de ellos como un misterio especial. Si mirabas para atrás, a lo lejos se veían las extraña figura de las cumbres de las Empanadas y las del Puerto Lezar y como estaban cubiertas por la nieve y con muchos trozos ya limpios de ella, sobre el azul intenso del cielo, se destacaban impresionantes. Un poco antes de hundirnos hacia la vertiente de la Juanfría, me impresionó mucho las relucientes cintas que la nieve dibujaba sobre las lomas. Resulta que ya se había derretido la nieve tanto por las partes altas como por los lados y por los valles, pero casi en la misma loma, volcando un poco hacia el levante, la nieve seguía espesa y blanca se extendía en una franja no muy ancha, a lo largo de toda la ondulación del terreno. Era tan bonito el espectáculo, que nos paramos y durante un largo rato lo estuvimos observando. ¿Te acuerdas tú cómo se le llama a este precioso fenómeno de la naturaleza? Cuando me contestes, me lo dices.

Por el refugio de Monterilla, me llamó mucho la atención, las praderas de narcisos enanos, según me dijiste aquel día, los más pequeños de este parque natural. Por entre las piedras y la nieve, brotaban de la tierra con sólo su tallo verde y en el extremo, la flor amarilla azufre y sus largos estambres. Se miraba para las laderas y se les veían por completo teñidas de este amarillo desvaído resaltando con el verde de la hierba, la blancura de la nieve y el gris de las piedras, y ciertamente uno se quedaba embelesado sin saber qué hacer ni qué decir.

La bajada desde los Campos, aquella tarde, hacia las aldeas del valle de Santiago de la Espada, resultó de los paseos más bonicos que yo he dado por estas sierras. El fondo teñido con el azul intenso del cielo, las nubes blancas como trabadas en el horizonte, las sombras alargada revoloteando por los paisajes y las manadas de ovejas, algunas ya han vuelto de sus lugares de invierno, transformaban el cuadro en un verdadero mosaico gustoso de ver y recorrer. Y ya cerca de las aldeas, el Cerezo, los Teatinos, la Matea, los Atascaderos, los almendros se extendían por las laderas y como estaban recién florecidos, se les veía curbiertos de mil florecillas dininutas. ¡Qué espectáculo más bonito se abre por las tierras llanas de esta vega desde los primeros días de la primavera hasta casi final del verano!

Y no quiero olvidarme que al pasar por esa bonita aldea de los Teatinos, cerca de la otra más grande llamada Matea, nos paramos en la fuente del Berral. ¡Qué cantidad de agua brotaba por este extenso manantial! Como por estos días se derriten las últimas nieves de los campos y cumbres de las partes altas, los veneros han recuperado agua. Pero aun así, los habitantes del lugar, no dejan de repetir que este verano será malo. Ha llovido poco a lo largo del año que va corriendo y esto, cuando más se notará, será al llegar el verano. Es casi cierto que el nacimiento del río Segura, Fuente Segura, como otros años atrás, se secará.

Y al propósito del tema, quiero volver al asunto que aquel día comentamos: es cierto que las nieves y las lluvias por la altiplanicie de los Campos, se hunden en las entrañas de la tierra y por galerías subterráneas van a salir a la Fuente del Berral, al gran manantial de arroyo Frío, al Muso, nacimiento del río Castril, ya en la otra vertiente y provincia de Granada, por Aguas Negras, cerca de la laguna de Valdeazores y al

arroyo del Infierno, por el nacimiento del río Aguamulas y por la caudalosa y famosa Fuente del Segura. Es cierto que los Campos son como una esponja donde las nieves y las lluvias, se hunden hacia su centro y luego van brotando en preciosos y copiosos manantiales a todo alrededor de este gran macizo montañoso. Y entre otros muchos, porque son muchos los veneros que por las laderas y barrancos de las partes bajas salen, los más importantes, por su caudal y dimensión, son los que atrás te he nombrado.

Y aunque te resulte algo pesado en esta carta, te voy a seguir diciendo que con estos amigos míos, al día siguiente ya lunes de pascua, me los llevé por la otra parte de la sierra. La que visita todo el mundo por ser donde están los hoteles, campings y otras muchas instalaciones. Es la ruta de la sierra que tú dices aborreces sin aborrecer del todo, pero aborreces por la cantidad de turismo y demás follones que por ahí han metido.

Este día entramos por la carretera que, antes de llegar a Quesada, se desvía para la derecha y sube hasta el chorro. Ya por ahí es pista de tierra. Nos vinimos para la derecha y por Puerto Lorente, bajamos hasta la fuente de la Ubilla y enseguida venimos a caer al nacimiento del río Guadalquivir. A pesar de ser lunes, las personas se amontonaban por allí como las hormigas en los hormigueros. Unos preguntaban por el tejo milenario, otros por la Cañada de las Fuentes, muchos por Puerto Llano y el pico Cabañas y bastantes, por el pueblo de Cazorla, el Parque Cinegético, la Torre del Vinagre u otros sitios similares. Algunos subían con bicicletas y nos dijeron que se iban por la pista que lleva al arroyo de los Tornillos para salir luego por la de la Nava del Espino, algo más arriba de la Nava de San Pedro.

En fin, nosotros estuvimos viendo así por encima, el rincón donde pusieron la placa que indica el nacimiento del río Guadalquivir y como mis amigos no eran muy amantes de andar por la montaña, enseguida me dijeron que los llevara lo que todo el mundo nombra: el río Borosa.

- Dicen que hay por ahí una cola de caballo, un museo muy bonito, un río largo con grandes cascadas donde al final, se remansan las lagunas y que se llega después de atravesar varios túneles y luego, siguiendo el Guadalquivir, dicen que hay un sitio donde se pueden ver animales y un pantano grande. Queremos ver todo eso.

Me decían ellos.

No los entretuve mucho por el rincón este del nacimiento del río Guadalquivir ni tampoco les hablé del lugar donde nace la fuente del majoleto, Aguadero Hondo, el cerro y nava de Navahondona, las cumbres del Gilillo y menos les hablé del arroyo de los Habares, el cortijo que por ahí se desmorona, el arroyo de los Cierzos o el Valle del Sinclinal. ¿Para qué? Ellos lo que deseaban era ver el río la cerrada de Utrero y el río Borosa y por eso nos vinimos pista adelante hacia el Puente de las Herrerías. No te creas que ya han arreglado ese camino. Ni mucho menos. Todavía sigue con los mismos baches que aquel día pudiste comprobar y como ahora casi todo el mundo viene por aquí en coches todoterreno, pues cada vez se agrandan más esos agujeros. Dicen que no quieren arreglar este camino, pista forestal de tierra, para que las personas no se animen mucho y así no acudan tantos al rincón del nacimiento del Guadalquivir. Y claro, sea o no verdad esta realidad, mucha gente dice que hacen bien y otras tantos opinan lo contrario.

Pues ya en la cerrada de Utrero, nos pusimos a recorrer el clásico sendero que tanto ahora andan. Y no es que esté en

contra de ello, lo que pasa es que como ahora son tantas las personas que vienen por aquí, parece que este rincón ha perdido aquel atractivo mágico y misterioso que tenía cuando sólo lo recorríamos nosotros y pocos más. No había ningún sendero ni señales que indicaran las distancias o el recorrido, pero ¿verdad que resultaba bonito y misterioso? Me acuerdo que tuvimos que saltar por las rocas como las cabras monteses y hasta tuvimos algún problema con las ramas de las cornicabras. ¡Qué espesas y qué viejas son las que por aquí crecen! El Lanchón es como se llama el gran macizo rocoso que corona a la cerrada de Utrero por el lado del Empalme del Valle.

Desde este punto, seguimos la carretera y bajamos hasta el poblado de Arroyo Frío. Ni te puedes imaginar lo que por este poblado han hecho en estos últimos años. Han construido hoteles, bares, chales, refugios de montañas, campings... en fin, algo tremendo. Y era un rincón bonito y tranquilo este de Arroyo Frío, pero ahora, casi con los mismos coches, apreturas, prisas y follones que en cualquier ciudad grande y moderna. Pero las personas parece que vienen a la sierra y si no se meten donde haya mucho mogolló, parece que no están agusto. ¿Tú qué opinas?

Seguimos con la ruta y en la torre del vinagre, nos amontonamos con la muchedumbre. Eran tantos que ni se podía aparcar en esa gran explanada que prepararon y asfaltaron junto a la carretera. Tampoco se podía aparcar a la entrada del río Borosa ni junto al centro de interpretación fluvial que ahora han montado pegando a la piscifactoría. Una verdadera riada de humanos y coches lo que por aquí fluía este lunes de pascua. Así que en este río, lo que hicimos fue asomarnos al precioso charco de la cuna, a la fuente de los Astilleros, a la junta del arroyo de la Trucha con el Borosa y

regresamos. Visitamos el jardín botánico de la Torre del Vinagre, primoroso y lleno de vida se encontraba, pero tan repleto de personas como los otros rincones y seguimos bajando por la carretera.

Antes de llegar a Coto Ríos, ya sabes: varios hoteles, todos a la izquierda, luego el masificado camping de la Chopera de Coto Ríos, las casas blancas de este recogido y bonito pueblo de colonización y como seguimos bajando porque mis amigos son de los que prefieran la cantidad a la calidad, atravesamos por los otros campings, el de lo Llanos de Arance y la Fuente de la Pascuala y nos asomamos, sólo asomarnos, al precioso río Aguamulas. ¿Te acuerdas qué paseos más bonitos por la orilla de este río hasta las Casas de las Tablas, Piedra del Mulón, Cueva del Torno, cortijos de la Fresnedilla, Hoyas de la Albaldía y pico Banderillas? Pues nosotros, ni probar nada de esto. Y eso que les dije que lo de la Fuente de la Pascuala bien merecía una larga parada y recorrer despacio las cuevas y las tierras donde vivió y luego tuvo el cortijillo esta mujer llamada Pascuala, que de ella luego tomaron el nombre para la fuente y para el camping.

Así que seguimos bajando por la largísima carretera que recorre el valle del Guadalquivir desde su nacimiento hasta el Pantano del Tranco y rozamos los apartamentos del Hoya, el rincón donde ahora se encuentra el hotel Paraíso de Bujaraiza y al llegar al collado del Almendral, nos paramos. Durante unas horas estuvimos recorriendo la pista de tierra que remonta el Cerro del Almendral y satisfechos, observaron a los animales que en ese parque cinegético tienen semi encerrados. Menos mal que desde este recorrido, se divisa una preciosa panorámica hacia la cola del pantano del Tranco, los llanos donde estuvo el castillo de Bujaraiza, ya sólo quedan ruinas y las laderas por donde se asentaba la aldea de Bujaraiza. Les

comenté todo lo que se me venía a la mente y algunas parece que las oían con interés, pero de otras, pasaban limpiamente.

Salimos de este cerro del Almendral, el mirador de Rodríguez de la Fuente, las tierras donde estuvo la aldea y por donde ahora sólo quedan las paredes de la ermita y un poco más adelante, ya aterrizamos en la explanada que se recoge junto al muro del Pantano del Tranco. Ya estaban ellos satisfechos. Habíamos recorrido todo el gran valle del Guadalquivir, llamado ahora de los turistas y se les veía como satisfechos. Como si no tuvieran más ganas de ver o recorrer más sierra. ¿Qué podría yo decirles? ¿Y qué quieres que te siga diciendo? Cuando me contestes, si te parece, me das tu opinión.

Por cierto, en tu carta me preguntas que si sé algo de aquel hombre que nos encontramos el día que recorríamos la vega que ahora cubren las aguas del Pantano del Tranco. Ahora recuerdo que fue el año de aquella sequía tan grande y como el pantano bajó tanto, nos fuimos por las tierras que habían quedado al descubierto. Estuvimos en la Laguna, en los Baños algo más abajo, donde nos encontramos al hombre cogiendo una garrafa de agua. Hasta entonces ni tú ni yo sabíamos que aquel agua mana templada y fue aquel día cuando nos enteramos que también estas aguas, en otros tiempos, las habían usado para curar enfermedades. Me acuerdo bien de esto porque el hombre por el que tú ahora preguntas, nos lo explicó pacientemente y con detalle. Nos explicó un montón de cosas más de aquel rincón, los cortijos y las personas que antes del pantano habían vivido por allí. ¡La cantidad de historias que conocía y el mundo tan inmenso que por el lugar hubo en otros tiempos!

Recuerdo que nosotros, aquella tarde, nos fuimos

andando por la vega que el agua había dejado al descubierto y a cada paso nos íbamos preguntando por montones de cosas que se intuían y que por allí habían existido y ya no estaban. De aquel paseo y momento, surgió el proyecto que tú sabes, pero ya viste como las cosas son complejas. Creíamos que en un ratillo y poco más, se podría descubrir lo que por la tierra estaba tan olvidado. Pero grueso error el nuestro porque ya viste como en cuanto empezamos a tirar de la punta del hilo, el ovillo se desliaba y nunca llegaba al fin. Tiempo habrá de hablar de este tema así como de otros muchos que te preocupan y algo a mí me gustan.

Porque ahora, volviendo a lo de aquel hombre por el cual me preguntas, sólo puedo decirte que una vez o dos más me lo encontré recorriendo los caminos viejos. Le pregunté por la garrafa de agua que había cogido de los Baños de aquella vega del pueblo de Hornos y me dijo que todavía la tenía en su casa. Que no la gastaba porque era como un recuerdo por si volvían las lluvias, el pantano subía otra vez y cubría de nuevo el manantial de los Baños."Puede que yo me muera antes de que se vuelvan ver, otra vez, las aguas de este manantial", fue lo que me dijo. ¡Fíjate como las personas se agarran a las cosas de la tierra y, como tú, las llevan dentro! ¿De qué os alimentasteis en estas tierras para que tanto deseis morir en ellas?

En aquella ocasión también me dijo que aunque su proyecto era bonito y lo amaba con todas las fuerzas, ya estaba cansado de una lucha tan solitaria y en contra de tanto. El hombre era raro de verdad, pero se le notaba que llevaba dentro un cariño fuerte por lo que buscaba. Tenía recogido, en un libro gordo, no sé cuántos nombres, caminos, rutas, historias, leyendas, aventuras y cortijos rotos y ya casi perdidos por estas sierras . ¿Para qué querría este extraño

hombre tantos datos y de tantos rincones de la sierra? Parece que en su vida, ya no tenía dónde recogerse y de este modo se consolaba. Intuí algo de esto y como había carecido de tanto, al final de sus días, ententaba recuperar para sentirse algo. Las paradojas de la vidad ¿verdad?

Me dije un día que si volvía a verlo, le iba a preguntar qué razones tenía para hacer lo que hacía, pero desde entonces, la última vez me lo encontré por los Campos de Hernán Pelea, no he vuelto a saber de él. Ni siquiera sé si ya se ha muerto. Y lo digo porque el hombre iba muy cansado, triste de verdad y como decía vivía tan solo, cualquiera sabe lo que le puede haber pasado. Esto es lo que te puedo contar, por ahora, del tema. Pero te prometo que si las cosas se me ponen a tiro, me voy a preocupar de indagar el asunto hasta donde me sea posible. ¿Qué puede haber encerrado tras la figura y osesión de aquel casi misterioso hombre, se puede decir, que de los bosques?

La última vez que estuve con él, me regaló un breve poema. Lo guardo con interés y ahora se me ocurre ponerlo aquí para que lo conozcas. Se nota que el hombre lo ha escrito con verdadero sentimiento. Dice así:

En mi sueño veo
que me quieren arrancar
del cuerpo, el alma
y de ella, su voz,
y a la vez, quieren echarme de la tierra
que es, de mi corazón, su centro
y gozoso descubro
que como en un bloque de hierro
para donde empujan a mi ser
va mi dolor, mi alma, su voz y mi cuerpo.

Para que lo sepas, te digo que estoy dispuesto a comenzar, contigo, a escribir el libro del que tanto hemos hablado y a todas horas sueñas. Creo que puede salir bien. Llevas dentro tantos recuerdos y sentimientos bellos de esta tierra, que a lo mejor sale un buen escrito. Pero desde luego dudo que entre los dos, seamos capaz de recoger, en un libro, todas las cosas que dices hubo y hay en estas sierras. Y además, ¿cómo lo vamos a plantear? Libros de rutas ya hay muchos, de historias, cuentos y leyendas, también y si hablamos de mapas, ya me dirás. Mas por intentarlo. ¿Qué vamos a perder? Pero tiene que ser algo sencillo, claro, rotundo y a la vez, sincero. Es como creo deben ser estas cosas porque sino, dejan de tener encanto.

Y quería decirte que en el deseo de escribir sus recuerdos y memorias, ya me he tropezado con varias personas en distintos rincones de estas sierras. Son gente buena que ahora de mayores, se les viene al recuerdo aquel mundo de su infancia y como notan que lo han perdido y no dentro de mucho, desaparecerá por completo y para siempre, acuden a sus vivencias más limpias e íntimas con un fuerte deseo de recogerlas. Ha varias personas que tienen escritos, de la manera que saben y pueden, verdaderas joyas. Y claro, el otro día pensaba que a lo mejor, si nos ponemos, podríamos hasta crear una breve escuela de escritores serranos, mayores que son los que tienen cosas buenas que contar. Conozco a cinco o seis que ya tienen varios libros publicados y son bonitos de verdad. Rescatan cosas interesantes y con ese gracejo que siempre caracterizó a esta buena gente. Y además, como dentro llevan el dolor de la pérdida, lo que trasmiten, tiene fuerza y belleza. ¿Qué te parece?

En fin: en tu carta, además de otras cosas, me haces varias preguntas. Sencillas preguntas, dices tú, pero para mí

no son tan sencillas. ¿Quién te ha dicho a ti que soy el que mejor conoce las sierras del ahora Parque Natural de Cazorla, Segura y las Villas? Me parece que te has pasado un poco. Porque tú sabes que no soy de aquí. Y además sabes que aunque recorro algunos puntos de estas sierras y hablo con unos y otros, tú mejor que nadie conoces lo grande que son estos territorios. Y la verdad, yo no es que esté a todas horas recorriendo los viejos caminos, metiéndome en todas las cuevas y explorando los cientos de cortijillos en ruinas. Que me gustaría mucho, es verdad, pero la realidad de la vida, es otra. Ya lo sabes bien porque es algo parecido a lo que te pasa a ti. ¿Lo comprendes?

Me dices que te responda, entre más de un ciento, a tres sencillas preguntas. A saber: que si sé de alguien que se conozca bien todos los rincones de las sierras, ahora parque natural, que si he oído hablar de aquella mujer que vivió y murió sola en un cortijo. La tía Dorotea. Y me aclaras que, esta mujer después de su muerte, ha quedado casi desconocida a lo ancho de toda esta sierra. Y a continuación, para que me oriente sobre el tema, me dices:

“Si puedes, como tú eres el que mejor conoces la sierra, recaba todos los datos que te sean posibles. Me los mandas o los apuntas, porque tenemos que rescatar esa historia para que la sepa mucha gente. Creo que esa mujer fue una santa y eso de morir sola en aquel pequeño cortijillo de la cumbre y por decisión propia, es tan importante como la gran historia de España o del mundo entero. Recaba toda la información que puedas y en cuanto tengas oportunidad y tiempo, me la mandas. No sé por qué, ardo en grandes deseos de conocer quién fue esta mujer y por qué hizo lo que hizo”.

Y luego me preguntas: “¿Es verdad que ahora quieren

rehabilitar algunas de las aldeas que derribaron en aquellos tiempos? Lo que he leído en el periódico, dice más o menos: es posible fomentar una nueva realidad que atraiga a mucho turismo. Lo de construir aldeas ecológicas, es un buen proyecto y puede crear abundantes puestos de trabajo. Dime tú si es verdad que van a reconstruir las aldeas de las Canalejas, los Centenares y otras que en aquellos tiempos rompieron".

¡Casi na, es lo que me pides! Pero claro, como ahora ya me he puesto a contestar tu carta, no tengo más remedio que decirte algo del tema que me has propuesto. Te lo voy ha resumir para que esto no salga demasiado largo y rollo. Y te lo voy a poner lo más claro posible para no andar con rodeos y salirme de la verdad. Así es como siempre fuisteis los serranos: Limpios como el trigo y, aunque con palabras escasas, rotundos como la sierra que llevas dentro. Por lo menos, eso es lo que entiendo cuando oigo: "A mala leña un buen brazaos o el buen pan por la cara se come". Que eso, que no tenéis muchas palabras bonitas ni usáis bellos giros literarios, pero vais al grano. "Aquello, ni las cabras monteses lo tienen claro" ¿Lo entiendes tú como lo entiendo yo? Pues sin más rodeos, voy al grano.

Pero antes de seguir con la contestación a tu carta, quiero ordenar un poco las tres cosas que me preguntas. Y lo hago para no liarme a ver si consigo la claridad que hemos dicho. Yo lo necesito porque creo que tiene mucha tela lo que debo responder y a ti te vendrá bien para saciar la curiosidad. Si he leído bien, tus tres preguntas fundamentales son:

> ¿Sabes tú de alguien que se conozca a fonda toda la gran sierra?

> ¿Qué información tienes de esa mujer que murió sola en su cortijo y que los serranos conocíamos como a la tía Dorotea?
>
> ¿Es verdad que ahora quieren reconstruir las aldeas que derribaron para convertilas en aldeas ecológicas para el turismo?

Y si me queda tiempo y ganas, al final, a lo mejor te hablo algo de ese libro que tienes en proyecto. También yo le doy vueltas en la cabeza, pero no acabo de ver con claridad. De la sierra se han escrito ya tantos libros y se han dicho tantas cosas que para repetir lo mismo y no aportar una pincelada de originalidad y vivencia propia ¿Para qué escribir otro? Ahora, si sale de dentro como una necesidad vital, ya es otro cantar. Luego te comentaré a ver qué te parece.

Y ya, pasando a contestar estas preguntas tuyas, de lo que me dices que si sé de alguien que se conozca a fondo y con detalle, toda la ancha sierra, te digo que no. ¿Quién se puede conocer a fondo, realmente bien, una sierra tan grande, bella, profunda y misteriosa? Yo creo que nunca hubo, ni hay ni habrá nadie que llegue a tener este conocimiento que tú buscas. Digo a lo minucioso, porque a lo grande y por encima y de un extremo a otro, de esos, los encontramos a puñados. Me explico a continuación:

Si cogemos la sierra a lo largo, desde el pueblo de Pozo Alcón, Santuario de Tíscar y el pueblo de Cazorla hasta la provincia de Albacete que es por donde cae el pueblo de Génave y Siles y a lo ancho, desde el Cerro de las Empanadas, Santiago de la Espada, Santo Tomé y Puente de

Génave, tenemos mucha tela que cortar. ¿Sabes tú cuanto coge todo este territorio? Pues nada más y nada menos que doscientas catorce mil hectáreas. Ahí dentro se alzan muchos pueblos y en la periferia quedan otros tantos. En este trozo de nación, nacen varios ríos muy importantes como el Segura, el Guadalquivir y el Tus y se elevan cordilleras altísimas como el Cabañas, las Banderillas, el Gilillo, el Blanquillo, el Yelmo y otros y si nos ponemos a contar las aldeas, los cortijos, derribados y no, las nuevas construcciones que ahora han echo para los turistas, las fincas particulares, las fuentes, los arroyos, las cuevas, los caminos viejos y nuevos y los nombres de cada sitio ¿cuándo acabamos?

Si estas sierras no hubiesen estado tan pobladas en otros tiempos y siglos lejanos, sería otro cantar. Pero como fue así, que la habitaron hasta en las más profundas cuevas, la roturaron hasta en las más escasas tierras y planificaron de un extremo a otro, las huellas fueron quedando. Por eso quiero decirte que si nos metemos, en cada metro de la sierra, con las historias pasadas y presentes, las personas que las protagonizaron, los rebaños de cabras, ovejas, vacas, pegueras, cortas y siembras de pinos, trazados de caminos, administraciones que mandaron por aquí, pantanos y otras mil historias, fíjate tú. Cada metro de la sierra, cada barranco, cada camino viejo presente y los que se han borrado y cada ladera y cañada, tiene una historia casi infinita. ¿Quién me dice a mí que se conoce a la perfección todo esto? Más de veinte mil nombres tengo yo recogidos de un lado y otro y sé que hay otros tantos. ¿A quién se los doy y que sea capaz de ponerlos a cada uno en el sitio exacto que le corresponde si variarse un metro?

Mira, por ponerte algunos ejemplos te voy a decir que por piazos, fincas o rincones más o menos grandes, las personas

que ahí vivieron o viven, se lo conocen a lo mejor bastante bien. Pero si lo llevamos veinte piazos más allá, se pierden. Estoy diciendo por lo menudo y pensando en la gente que son de aquí de verdad. Los turistas, lo aprenden casi todo de los libros o los mapas y saben lo que saben. El camping, el hotel, el nacimiento del Guadalquivir o Segura y cuatro cosas más para no perderse demasiado. Tampoco lo necesitan ni les hace falta, esa es la verdad.

Si seguimos con los que son de aquí, en cuanto los saquemos algo más lejos, ya se despistan por completo. Entre estos no meto a los que se lo saben todo a lo grande. Son otra realidad y algo sí nos sirven, pero faltará bastante para lo que tú pretendes. ¿Me explico?

Y te pongo ahora otros ejemplos diferentes que vienen bien para reforzar el argumento de los que se conocen bien rincones concretos y no así la suma total: en la Ermita de la Hoz, la otra mañana estuve con dos viejos serranos que son tan nobles y buenas personas como tú. No los conocía de nada y fue llegar y decirle que, por simple curiosidad, iba por allí porque había oído eso de la ermita, y me acogieron con sincero cariño. Me enseñaron todos los rincones bonitos que hay por este trozo de la sierra y a fe que son gustosos de ver. Me pusieron delante de la fuente caudalosa que mana por debajo de los cortijos y luego me dijeron que la ermita, sí estuvo por allí, pero que de esto hace ya muchos años. Sólo se conserva el nombre que lo lleva ahora el piazo de tierra por donde se cree estuvo levantada y que está sembrada de olivos. ¿Qué clase de ermita sería esta y qué ermitaño fue el que se vino a vivir a este elevadísimo terreno? Y te lo pregunto porque no puedes hacerte una idea de cómo es este sitio.

Estos serranos, que por supuesto se conocen bien el

rincón donde han nacido, me sentaron luego en la misma puerta de sus casas, azotea y balcón frente al profundo surco por donde corre el Guadalquivir, desde el Charco del Aceite para abajo y me invitaron a dulces de Semana Santa hechos por ellos. Roscos y flores de miel. ¡Qué bien se siente uno entre gente ta buena!

Mientras corría la mañana, hablamos de aquel hombre que después de la guerra, por aquí fue como un José María el Tempranillo o Curro Jiménez. ¿Te suenan? Por lo visto este hombre se escondió por unos riscales grandes que hay en el arroyo del Chillar y durante el día les quitaba cabras a los serranos que tenían sus rebaños por estas sierras. Tres, a uno, cuatro, a otro y así llegó a juntar una manada grande. Cuando venían los maquis, se las vendía y de este modo se iba ganando la vida. Al principio nadie sabía dónde guardaba las cabras que robaba este extraño bandolero. Luego descubrieron que las metía en los riscales que ya te he dicho, hay por el arroyo del Chillar. Un punto tan malo que para andar por ahí, hasta las cabras monteses se lo piensan.

Y a lo largo de la mañana, recorrimos el camino que, desde el arroyo de María, sube por la complicadísima ladera de los Poyos de Andaragasca y va hasta Cueva Buena y el Prao Chortales. Es tremendo el trozo de sierra que hay por ese rincón y los picachos tan elevados que al final de esa sierra, se alzan. Hablamos de aquel roble que crece por encima de Chorrogil, pantano de Aguacebas y el manantial que todavía brota en su mismo tronco. Un venero de aguas purísimas que en otros tiempos regaba las tierras del cortijo que allí se alzaba. Luego hablamos de las Canalejas y los centenares. Del último pastor que por estos días, todavía vive allí, solo con su rebaño de ovejas y la quietud honda de aquella profunda montaña. ¡Fíjate, el último pastor del gran parque natural!

¿Verdad que podría ser el título de un bonito libro si alguien supiera escribirlo dignamente?

Y con todo esto, lo que deseaba decirte es que, aunque algunos todavía viven aquí y de la tierra saben lo que no se ha escrito, no llegan a lo que tú deseas. Porque en la totalidad, no la conocen por lo pequeño. Me dí cuenta cuando les preguntaba por la Cueva de los Ladrones, la Cueva del Puerto Lezar, el covacho de las Cambras, covacho Marañón y algunos sitios más que no fueron muchos porque no merecía la pena. Dudaban. Igual que me ha pasado tantas veces con muchas personas. Claro, que es lo que te venía diciendo: si sumamos lo que sabe cada uno de los serranos repartidos por la ancha tierra, entonces sí cogemos la mejor cosecha. Nunca, en ningún otro sitio, habrá más sabiduria y tan exacta. Pero claro ¿quién tiene culpa y de qué? Los buenos serranos, bastante hacen con seguir en su amor por la tierra a pesar de lo dificil que lo tienen.

Pero dime tú, si de una forma imaginaria nos vamos desde el Pantano del Tranco río Guadalquivir arriba ¿cómo averiguamos las personas que vivían y las historias que protagonizaron en los cortijos de Venta del Horcajo, San Román, Solana de Padillas, las Corralizas, Rosalina, Campillo, el molino de Bujaraiza y la aldea entera? ¿Quién nos dice los caminos, mayores y menores, que desde esa gran vega salían, entraban y la recorrían? Y si seguimos río arriba hasta su nacimiento, por donde ahora está el Parque Cinegético y esos llanos ¿quién se sabes los verdaderos nombres, personas de aquellos tiempos, fuentes y praderas? Lo del hotel Paraiso de Bujaraiza, los apartamentos del Hoyazo, los Campings de la Huerta Vieja, los Llanos de Arance, la Golondrina, Coto Ríos y así todos los hoteles y edicificios que ahora existen ¿quién conoce, a lo pequeño, lo que por todos estos rincones hubo?

Parece como si lo nuevo, lo de estos tiempos, hubiera venido para echar una capa sobre lo antiguo para que, deseándolo o no, se ignore y se olvide.

En fin, me estoy metiendo en un lío que no va a servir nada más que para aburrirte. Lo voy a dejar porque aunque el tema me gusta y sé que te agrada, creo que es necesario tratarlo con más calma y claridad. Ni tú ni yo hemos sido nombrados por nadie para salvar nada y menos, para guiar. Asi que ya, dejando no zanjado sino esbozado levemente el tema este del conocimiento de la sierra, con el fin de añadir lo que vaya surgiendo en el futuro, paso a comentarte la segunda pregunta que me haces. El asunto de la tía Dorotea. Pero antes de entrar en materia, te voy a decir que yo no tengo arte para plantear esto con finura y claridad, aunque te hayan dicho lo contrario. Es un asunto bonito, delicado y humano, pero extenso y profundo y por ello, estoy un poco liado. Mas, voy al toro y tú me disculpas los fallos y los rodeos.

Por lo que yo tengo oído, lo de esta solitaria mujer en su cortijillo por las cumbres nevadas, tiene una cola bastante larga. Quiero decir que se remonta a tiempos muy lejanos. He dudado mucho pensando el punto dónde debía comenzar y por fin decido que debo tomar el tema no lejos ni cerca sino en el centro, más o menos.

Y en este término medio, tengo oído que por estas zonas de la sierra vivían todavía muchas familias. Justo por aquellos días ya les empezaban a complicar la vida a estas gentes. La aldea cuyas ruinas todavía se pueden ver sobre las cumbres, estaba habitada por nueve vecinos. Los más bonitos cortijos que nunca se hayan construido bajo el sol. Entre estos vecinos, se encontraba la familia que nos va a interesar desde aquí para adelante. En el mismo corazón de ella es donde

palpita la mujer por la que te interesas. Ya verás que historia más bonita a la vez que triste por lo que tiene de desgarro y pérdida de la tierra. Ya verás.

Esta sencilla familia, serrana hasta los tétanos, estaba compuesta por el abuelo, el padre, la madre y los dos hijos, una niña y un niño. Muy joven, y al poco de nacer la niña, murió el padre. La familia se quedó a espensas de la madre y de las pocas fuerzas que aun le quedaban al abuelo. La abuela, ya también habia muerto.

Del trabajo en sus huertas y el ganado, ellos sacaron a las criaturas adelante a lo largo de muchos años de lucha con la tierra. Cuando lo “dexpropiaron”, la gente quedó muy mal. Y según tengo yo entendido, por personas muy amigos del abuelo, fue por un error. Alguien dijo al gobierno que en estos poyos y toda la zona esta de las sierras, no vivían más de doscientas familias y le engañaron porque vivían casi dos mil. Informaron mal o, acaso hecho, quisieron que aquel informe fuera así.

El abuelo, la verdad es que tenía una familia muy larga. Descendía de su bisabuelo, su tatarabuelo... de toda la vida haberse criado todas las familias aquí, pues claro: cuando le dicen a una persona que está criando a sus hijos, que se tiene que ir de su propia casa, pues imáginete qué es lo que puede sentir.

En las tierras que ellos tenían, se recogía de sobra para criarlos a todos y hasta quedaba para vender a otras personas. ¿Y animales? ¡Pues tú verás! El ganadero más fuerte que existió en esta zona, fue la familia del abuelo.

¿Pero qué pasa? Pues que también en la época de la

revolución, le recogen las escrituras, se las queman, las que había en el registro tanto como las que tenía él y se queda sin nada. Legalmente no podía demostrar que lo que de siempre había sido soyo, le seguía perteneciendo. Sigue pagando un canon, que entonces se pagaban en el pueblo de Pontones, porque la aldea pertenecía a ese pueblo y sigue con su ganado y sus fincas, pero ya sin papeles que le acreditaran que era propietario. Sabes tú que esto le sucedió a muchos serranos por aquellas fechas. Pero él tenia una escritura que le demostraba que desde en el muro hasta el "royo" de la otra aldea, era suyo. Bueno suyo: de su bisabuelo y tatarabuelo y de mucho antes. Desde lo que es la sierra hasta lo que es el pantano ahora.

En las tierras altas de los cortijos sí hay algunos olivos, pero salteados y pocos. Los de ellos, estaban por las partes bajas. Por encima de los cortijos y el Collado Grande. Por esas tierras crecían y hasta estas laderas tenían que bajar para coger las aceitunas y transportarlas luego en mulos.

Tú ya sabes que en la sierra, casi nunca hubo escuela, al menos en un sentido formal. No había escuela. El joven que entra en la historia que vamos recorriendo, el hijo que se quedó sin padre, no fue nunca a ella. Tampoco la niña, su hermana. Te matizo esto para que las cosas vayan quedando en su sitio. Era el mayor de hermanos y desde que fue un muñeco, con seis años, tuvo que engancharse con el abuelo a ayudarle para poder sobrevivir. Todo el tiempo en el campo. Recorría toda la sierra con el ganado y pendientes, pues de esto: del ganado para arriba y para bajo y de los trabajos de casa. Igual bajaba al valle a por comida porque entonces allí no llegaba carretera ni vehículo ninguno. Y había que bajar con bestias aparejadas. A parte de ese aparejo, tenía que llevar la soga. Subir la harina para amasar, hacer las tortas, el pan...

Llevando las tareas que eran muchas y duras para que la familia saliera adelante.

Hornos para cocer el pan, sí había. Ya después se hacen con un molino que les trabajaban a maquila. El del Chorreón. Tú has oído hablar de ese molino ¿verdad? Hay muchas cosas escritas de él y yo mismo, me enteré de otras que tengo, llenas de polvo, por algún cajón, pero no olivadas. Resulta que cuando se muele, el trigo crece. Si se llevaban un costal de trigo, de harina salia costal y medio. Se quedaban con el medio y les devolvían el costal entero, pero claro, ya con menos peso. A esto se le llama maquila. Los del molino venían a recogerles el grano. Se lo llevaban, lo molían y lo devolvían. De ahí, los padres, los abuelos y todos, que eran los que sabían, amasaban y a cocerlo. En la aldea, cada familia tenía un horno. Luego había otro familiar que es donde cocían los que no tenían horno particular.

Donde estuvo la aldea, hubo una laguna. Lo que dice el cortijo, por la parte de atrás, la zona baja, esto es una laguna. Ya no lo es tanto porque en aquellos tiempos, a fuerza de sangre, con espuertas y personas, se rellenó. En lo que resultó, una laguna, pero no tanto y sí llanura, se fueron haciendo los "Piazos". Cuando vivían las familias, ya no era esto laguna. Se quitó y ya se queda lo que es un terreno para poder criar de todas las clases de legumbres.

Como el muchacho fue creciendo y se hizo el mayor, todas las cargas iban sobre él. Tuvo que salir con el ganado por el campo. Si se presentaba una nube y le cogía a cinco kilómetros de casa, la tenía que aguantar. Con miedo y fatiga, tiraba para delante. Cuando una nube de estas cae, como el ganado no tenía más apego que él, todos se venían a su lado. Alrededor del joven se juntaban los animales. Y había mucho

peligro: resulta que el pelo atrae a los rayos de las nubes. Tenía que salir pitando y engañarlas de una manera u otra porque se iban detrás del joven.

Algunos de los nombres que por aquel rincón conocían los que en la aldea vivían, todavía se conservan. Si desde los cortijos sales para la sierra alta, te encuentras enseguida un boquete que se llama el Barranco Lacer, arriba está el Morro de los Almagreros. A continuación viene el Poyo Morgoso, continuas y te encuentras la Hoya de la Zamarrilla, esto ya en el vértice, desde donde se divisa la parte de las Villas con la parte de los cortijos. La palabra zamarrilla, la han usado los serranos para dar nombres a muchos sitios y distantes unos de otros por decenas de kilómetros. Continua al vértice de arriba y das con el juego de la Bola de Arriba. Porque hay dos juego "la bola", uno que es el de abajo, que está a la izquierda a unos quinientos metros y desde ahí te dejas caer a un despeñadero de agua que hay que se llaman los Chorreones.

Ese es el que baja a Bujaraiza. Es que la Cabañuela tiene dos "royos", uno que baja desde la Morra y desde el Poyico de la Estercolera y otro que viene desde arroyo Frío, en la parte derecha. Que ese es el Chorreón, por donde se despeña. La tiná del Fraile esta cerca. Por ejemplo: si lo miramos desde arriba se encuentra: el juego la Bola de Arriba, continuas y te encuentras el juego de la Bola de Abajo. Te asomas a un mirador que se llama el juego de la Bola de Abajo y desde ese punto, divisas todo lo que es la Cabañuela, la Tiná del Fraile, la Cañá el Fraile, la Morra de los Pinos Secos, que está al lado, otra tiná que hay, pero que es subterránea, como una cueva que es donde se metía el ganado. Se llama el Picacho de la Damajuana. Desde ese trozo ya te dejas caer a la Huerta.

En la aldea y cumbre de la sierra, cuando caía un nevazo,

los que valían para ir con el ganado, tenían que bajarlo a la ladera del pantano para que los animales pudieran comer. Por las noches, lo dejaban en las partes bajas que había unas tinás y tal, y si querían dormir en sus casas, aunque ya estuviera oscuro, tenían que subir ladera arriba hasta que podían llegar. Tan pronto iban un paso para arriba como dos para abajo. Como la nieve lo cubría todo y además de noche, aunque supieran por dónde iban las veradas, tardaban tres horas en llegar. Daban un paso y a lo mejor caía el pie en un hoyo y pegaban la "trapajá". Se levantaban y hasta que llegaban al cortijo. Eso es duro, sabes.

Una vez cayó una nevada de un metro y pico. Tenían el ganado en la tiná del Fraile. Se levantó el abuelo por la mañana y al asomarse a la puerta y ver el panorama, dijo: "Está nevando. Ya veremos por dónde sale esto". Se aguantaron un poquito en el cortijo a ver si paraba y no paró. Estuvo todo el día nevando y al final dice el abuelo: "Pues hoy no soltamos las cabras". Estuvieron los animales todo el día encerrados, pero es que aquella noche y a otro día, siguió nevando. Se acumuló un nevazo de un metro y medio por lomenos.

Pues a los dos días ya dice otra vez el abuelo: "El ganado hay que sacarlo porque se nos muere". Salieron de la casa y como la nieve les llegaba a la cintura, el abuelo tiró delante y el muchacho detrás. Tendría entonces ocho años escasos. Haciendo vereda como pudieron llegaron a la tiná. Les cogía a unos cuatro kilómetros. Cuando llegaron ni la tiná se veía. Y ahora, a sacar el ganado de allí. Sólo había un sistema: sacarlo por el punto más fácil. Un camino que iba desde la Tiná del Fraile dirección Collao Serbal. Collao Serbal está por debajo del Puntalón y el Puntalón está entre el Robleo y el Barranco Lacer. La Tiná el Fraile se encuentra a medio

kilómetro a la derecha de la Huerta de la hermana Milagros. Esta fue otra mujer muy conocida por allí y muy querida de todos. No había pobre que llegara a su casa que no se hinchara de comer. Y cariñosa y buena con las demás personas, era como ella sola.

Y el abuelo que dice:
- Coge el cayado y sigue haciendo camino hasta Collao Serbal. Tuerce luego para abajo en busca de Prao Alto y coge la vereda que baja a los Cortijos del valle.
El muchacho tiró delante y el ganado empezó a seguirle. Uno detrás de otro en fila como los indios. Aquello parecía una hebra de hilo. Cuando llegó la primera cabra al valle, todavía salían otras de la tiná. Entonces las animales se quedaron en aquellas zonas bajas, donde no había tanta nieve y allí empezaron a comer. En aquella ocasión el ganado se salvó, pero es que detrás de esta nevada venía otra y así cada invierno.

Cuando estaban con los animales en el monte, si se fijaban, muchas veces ellos mismos les decían cuando iba a caer una de estas grandes nevadas. En la época que ahora vivimos estamos pendientes del tiempo para ver si va a llover o no. En aquellos tiempos con fijarse en el sistema que tenía el ganado, ya adivinaban lo que iba a pasar. Se fijaban en las cabras. Cuando las cabras barruntan un fuerte temporal, al caer la noche y acercarse al corral donde iban a dormir, se comía las arcubas de los pinos. La arcuba es la hoja del pino. ¡Que tiene que tener hambre una cabra para que se coma las hojas de los pinos! Pero lo que pasaba es que los animales se lo comían porque barruntaban un fuerte temporal. El instinto del animal era llenar el estómago para así tener reservas y poder aguantar los días malos que se acercaban.

También tenían otro sistema que el muchacho lo observó mucho. Cuando a las cabras les abría la tiná por la mañana ellas sabían el camino que tenían que tomar para defenderse tanto del agua como del frío. Había varios careos para el ganado. Según el tiempo, así cogían un careo u otro. Si barruntaban mal tiempo, se encaminaban hacia el punto donde había más covachas, más monte, mejor comida, más abrigo para así defenderse.

El Patrimonio Forestal e Incona, se presentaron por estas sierras. A muchos de los serranos, ya lo sabes tú mejor que nadie, se le trastocó el sistema de vida. Y en esta aldea, también. Ya el joven había crecido y para arrimar algunas perras a la casa, se puso a repoblar pinos. Por la parte derecha de donde está hoy el Parque Cinegético, desde la aldea, bajaban hasta el pantano. Ya estaba lleno entonces. Había un barquero que tenía unas barcas de remos. Subía a seis o siete personas y las colaba hasta el otro lado. Porque íban a trabajar a unos cortijos que se llaman Los Archites. ¿Te acuerdas el día que estuvimos allí y vimos a los que se estaban llevando los trillos y los serones que se habían dejado los serranos? Por allí estaba entonces la repoblación de pinos y eso era en la época de Icona.

Cuando el barquero los dejaba en tierra en aquel lado del pantano ellos seguían a pie hasta llegar al tajo. El barquero se volvía y daba los viajes que fueran necesarios hasta que colaba a la gente a la otra orilla. Luego por la tarde hacía igual. Desde allí, el regreso lo tenían que hacer andando otra vez a la aldea. El abuelo, como entonces no existían las linternas de pila, le cortaba teas. Durante el día, en sus ratos libres, se ponía y le cortaba un haz de teas. Se las hacía largas y cuando por la madrugada salía el joven, porque tenía que levantarse de noche para llegar a la hora al trabajo, encendía las teas y

con eso se alumbraba. Bajaba por aquellos caminos y cuando se se quemaba aquella, la tiraba y encendía otra. Hasta que se hacía de día. Luego, cuando ya tenía suficiente luz del día para ver el camino, allí dejaba las que le habían sobrado y continuaba. Cuando volvía, por la tarde por el mismo camino, las cogía y se las llevaba otra vez para el día siguiente.

Desde el pantano hasta la aldea hay una buena distancia. Ya lo creo que la hay. Aquello se lo hacía en unas tres horas andando sin parar. Para arriba y para abajo. Por la mañana antes de empezar el trabajo y por la tarde después de terminar. Porque aquel entonces empezó a cobrar el primer jornal de hombre. Todavía era un niño, lo que pasaba es que tenía un tío que estaba de capataz y él le echaba la misma tarea que a un hombre. Entonces, se hacía el trabajo de los mayores y claro: le apuntaban el jornal de hombre. No era dinero, pero valía la pena porque entonces, todo estaba muy escaso.

Si desde el muro del pantano se sube a la aldea, se empieza por el Puente Mojoque, la ladera rallando a la Lancha Mojoque. Subiendo todo el arroyo arriba, que es por donde va el camino, se llegamos a Mojoque. Eso es los cortijos que se ven en la solana donde ya no vive nadie. Continuamos para arriba, viniéndonos hacia la izquierda como si fuéramos al Collao Mojoque y antes de llegar, sale otro camino a la derecha. Sube haciendo zigzag y saltamos a la Atalaya. Tú sabes que por encima de Mojoque, hay un pico que tiene un gran morro, esa es la Atalaya.

Entonces, tú en la Atalaya, tomas fuerzas. Descansas para poder continuar. Sigues y llegas a la Pasá el Corralón. Ahí verás una tiná para el ganado que se encuentra en la parte derecha del arroyo. Esa es la Pasá el Corralón. Por la zona esa haces otro descansito porque todo es subir. De la Pasá del

Corralón, ya da un giro el camino y va a salir a la Fuente del Tejo. Esta fuente se encuentra ya en el mismo arroyo, dirección a la aldea. Hay por ahí unos pedazos que se sembraban antes. En la Fuente del Tejo hay un pedazo que era del abuelo. Era una tierra negra muy rica. En ese rincón se criaban las mejores patatas y los mejores tomates de toda la zona. Se llama la Fuente del Tejo porque ahí mismo brota un manantial muy caudaloso. Solamente tenían que volcar la reguera y regar. Porque aquello nace en la punta de arriba.

Tiene ese manantial también una cosa muy curiosa: Llegas, bebes agua y a los cinco minutos ya no tienes habla. Te explico el misterio. Es que ese agua te deja mudo por completo. Porque esa fuente, no sé qué tipo de agua tiene tan fuerte, que “acora” todas las cuerdas bocales. Un agua que tiene un paladar muy bueno, pero si bebes de ella, te quedas mudo. Nace de un agujero y las piedras por donde pasa el agua, están negras por completo. El agujero de donde sale el vaho del agua y las piedras por donde pasa, todo es negro. Pero luego ese agua, para criar hortalizas y todas esas cosas, es fabulosa.

Pues seguimos con la ruta imaginaria hasta los cortijos. Continuamos para arriba y tenemos el Boquete del Agreal. Se llama también el Covacho Barranda. En la misma parte de abajo tenían un pequeño peazo más de tierra. Y aparte, ahí empiezan ya todas las huertas de los vecinos del cortijo. Aquello ya es tierra buena. Para que se te queda claro: el Covacho Barranda está justo debajo del Picacho del Agreal. Ese picacho nos queda arriba del todo. Justo en todo lo alto. Todo lo que se quemó en un fuego que hubo estos años atrás. Entonces ese es tanto el Boquete como el Picacho y también el Morro del Agreal. El apellido siempre es Agreal y en nombre puede ser uno de los tres que antes he dicho.

La huerta que tenían en el Covacho Barranda, funcionaba con el mismo sistema para regarla: cortaban el royo y el agua al peazo. Como ya nos encontramos en lo alto, hemos coronado lo que es la gran cuesta, nos ponemos al nivel de la aldea. Ese es el collado más famoso del lugar. Desde ahí ya se ven los cortijos. Pues ya continuas y tienes el Hoyo. Este punto queda a la parte derecha que es donde están tos los nogales. Todavía crecen allí. Por el camino que va por la parte baja, saltas y pasa el royo mismo del Hoyo. Y ya a salir a la Covachilla. Este punto se encuentra un poquito más adelante del royo y en cuanto remontas una cuentecillas, llegas a los cortijos, desde donde se divisa toda la parte alta.

Pero te voy a decir que por otro camino que viene desde los Cortijos de Mojoque, al Collao Mojoque y atravesando la ladera, se viene también la aldea. El camino sale desde los cortijos de Mojoque mismo, va al colla Mojoque que es donde empiezan las olivas del Cerezuelo. La parte alta. El camino sigue ladera arriba y dando vueltas, saltas a la Hoya de las Alegas. Continua y viene a la Hoya de los Romeros, que está por debajo de la aldea.

Desde ese punto se sale a la punta bajo del Hoyo, pero teniendo en cuenta que por allí hay dos hoyos: el del collado es el Hoyo de las Asperillas. Desde este segundo punto, si lo seguimos, nos encajamos en el Robleo, que es donde venía el abuelo a regar en verano. Justo en ese punto, se encuentra lo que llaman la Garita Colorá, desde donde se comunicaban con el Cerezuelo cuando querían algo. Para dar alguna razón, desde esa altura le echaban voces y los de abajo les contestaban.

En la llanura de la aldea había una fuente antes. En la punta de arriba de las llanuras, en los que son los peazos, hay

una fuente que es donde se abastecían de agua los del cortijo y con el mismo mamantial se regaba todo. Allí había una alberca de unos treinta mil litros. El sistema de riego, en estas tierras, era distinto. Cada vecino tenía su tanda y regaba cuando le tocaba. Se ponían de acuerdo y si uno tenía una cuerda y el otro media, ya sabían que uno tenía el agua más tiempo y el otro menos.

En la aldea, otras dos de aquellas mujeres enviudaron. Antonia fue la primera que enviudó. Se quedó con dos hijos y ella sola los crío pasando fatigas. Le ayudaba mucho en el ganado, el abuelo y así fue saliento. El marido de la otra, se lo llevaron enfermo a Jaén y ya no lo vieron más. Les dicen que muere y que lo han enterrado y ese fue el final. Tú fíjate como eran las cosas en aquellos tiempos. Ni siquiera pudieron verlo en sus momentos finales. La mujer se quedó también con cinco hijos. Dos hembras y tres varones.

Con la ayuda de uno de los hijo, que era un poquito mayor, pues van susistiendo igual. Con lo que recogen en las tierras, el ganado y ayudado por los hermanos y los vecinos, pues van para alante. Hay otro vecino más. Este hombre sube de la Solana de Padilla. Le compra la casa a un vecino. Se instala aquí, se hace ganadero y continúa con la misma táctica de todos los otros. Había otro vecino que se llamaba Anselmo. Tenía tres hijas dos hijos. A una de las hijas le da un ataque de minigitis y se queda muda. Pero aquello era muy listo. Una mujer extraordinaria, con un temperamento y un ariego fabuloso. También esta familia vivía de la ganadería y lo que iban sacando de las tierras.

El marido de la otra viuda, en el nacimiento de arroyo Frío, que se encuentra por la parte de abajo del Juego de la Bola de Arriba, tuvo un problema gordo con una víbora. En el mismo

nacimiento de este arroyo, hay una almorteja. Un árbol parecío a una morera, muy bonito. Justamente el agua del manantial nace en el mismo tronco de la almorteja. Como la hoja de este árbol es muy rica para el ganado, el hombre subió a echarles unas ramas a las cabras. Al poner la mano encima, una víbora que había, le picó.

Entonces, él mismo se curó. Se bajó, cogió, se hizo un torniquete, prendió fuego a una mecha de encender el cigarro, se hizo una cruz con la navaja donde le había picado y se quemó toda la herida que se hace con la navaja. Se viene al medico, al otro día, porque tuvo que venir andando hasta la aldea y luego hasta el Tranco. Ya aquel día no había ningún vehículo de transporte para venir a Villanueva, hasta el día siguiente a las once de la mañana, que venía un autobús. Cuando llegó al pueblo, lo reconoce el médico y le dice: "Usted se ha curado solo. Usted no tiene ningún veneno en la sangre".

Tú fíjate la sangre fría que el hombre tuvo, pero como gracia a ese acto valiente, se salvó. El había oído hablar, que en caso de picaduras de víboras, había que actuar así, pero cuando luego te encuentras con el problema, hay que tener valor y sangre fría para aguantar ese dolor. Esto te lo cuanto para que sepas cómo eran antes las cosas en las sierras. Pero a raiz de aquello, pocos días más tarde, el hombre no se salvó sino que murió.

Luego estaba la hermana Milagros. Para todos los de la aldea, era la mujer más grande que había en toda la sierra. Entre otras cosas bonitas de la hermana Milagros era recoger a todas la persona que por allí llegaban. Todo el que por el lugar aparecía, tenía comida en la casa, sin pagar nada. Si alguien iba de paso ¿a dónde iba a parar? A lo de la hermana Milagros. En esta casa encontraba comida y una cama para

pasar la noche. Todos los años mataba siete o ocho cerdos y a veces más, pensado en acoger a las personas que a lo largo del año irían pasando por allí. Y claro, con esto de los cerdos, a veces tenían algún problema, si es que se le puede llamar problema.

Había un aforo que venían de Pontones. Era para que pagáran los arbitrios municipales de cada uno de los cerdos que engordábamos. Llegaban y a ojo de buen cubero, les ponían el peso que les parecía. Y arreglo a eso les cobraban de los marranos que habías engordado. Cuando se enterában que iba a ir, allá que estában escondiendo todos los cerdos que podían. Dejaban uno o dos porque sino les cobraban un dineral por criarlos. Entonces, encima de hacer un favor a las personas, si les costaba tanto criar un cerdo, tu fíjate. Como te decía, parte de la matanza de estos cerdos, la hermana Milagros, ya la tenía dedicada para los que sabían iban a ir por los cortijos. De la orza grande comía el padre, el hijo y hasta María Santísima.

Ahora seguimos. Te iba a decir que por allí, donde el abuelo tuvo los problemas con la víbora, si continuamos la sierra adelante, nos vamos al Collao el Pocico. Aquello se llama así porque había un pozo en otros tiempos. Con las tormentas, las nieves y eso, el pozo aquel se cierra, entonces el agua sube y por su peso, nace una fuente allí. Tiene aquello también buenas tierras y por eso lo aprovechában para sembrar el tabaco. Como se encuentra en un punto tan alto, nadie iba nunca por aquel rincón. Con la seguridad de que ningún guarda podría nunca denunciarlos, porque para encontrar aquello es complicadísimo, sembrában el tabaco verde. Allí es donde se criaba y además de muy buena calidad.

Continuamos para adelante y llegamos al Collao Roseco.

En el vértice mismo de Poyo Segura con las Sierras de las Villas. Lo más alto de la sierra. En la parte alta de este collao, se encuentra la Lancha de las Aspersiones. Aquello se llama Collao de las Aspersiones y Lancha de las Aspersiones. En lo que es la lancha, no pueden entrar ni cabras. Tendrá aquello como un kilómetro de larga por otro de ancho. Pues en esa lancha, cuando se metía alguna cabra, luego ya no podía salir. Todo lo que hay allí, son picos, agujeros, voladeros... como un laberinto donde el animal que se mete, luego no sabe salir.

Arriba, en lo más alto del Collao de las Aspersiones, hay una raja vertical donde se almacena la nieve. Y yo no sé, pero me parece en ese agujero dura la nieve de un año pa otro. Remontando un poco más, coronamos la cordillera. Desde allí se da vista a Caña Somera. Justamente en el pico ese, debajo, hay una buitrera. Es un agujero en medio de una piedra, grandísimo, y allí es donde ellos tienen sus nidos.

Cuando llegaba el verano, precisamente la parte alta de ese monte le gustaba mucho al ganado. Pero tú tienes que saber que el ganado es muy perro. En esos meses que apretaba tanto la calor, siempre tenían que bajarlas a que bebieran agua a arroyo Frío porque si no, ellas por su cuenta, nunca bajaban. Pero claro, con aquellas calores, si los animales no bebían agua, la cabra que estaba preñada, malparía. Tenían que madrugar, antes de que saliera el sol, las arrancaban y las llevaban a que bebieran. En cuanto las dejaban, ya empezaban ellas a buscar la altura. Porque la cabra se va al punto más alto. Tú la puedes dejar donde quiera, pero la cabra se va a lo más alto de la sierra. No se quedan a dormir en cualquier lado.

En la parte alta de Cañá Somera, nunca hubo cortijos ninguno. Ya más abajo estaba el “Prao Chortales”. Se baja por

el Majal de la Perra y dirección a Prao Chortales. Ese era el primer cortijo que había. A la izquierda había otro que se llamaba el Tejuelo. Las tierras esas son ya de las Villas. Lo que es todo el sur, frente al Tejuelo, es el Caballo del Torraso. Por allí hubo otro cortijo que se llama el Tosero.

Desde el Prao Chortales, tenían dos caminos: el que venía a la aldea, subiendo por los Almagreros a Piedra Plumera, dejándose caer por el Barranco Lacer, a la Era Alta y a los cortijos. El otro continuaba para Cueva Buena. Eso se encuentra dirección ya del Tranco. Había un poyo que se llamaba el Poyo de las Culebras y desde allí continuaba a Cueva Buena. Es decir, al Corralón salían dos caminos. Uno que saltaba desde Cueva Buena por la parte derecha, a la Lancha del Sabinal, al Collao los Aires y ya se daba vista a Las Lagunillas. Salía justo a la punta de abajo del Morro el Agreal. El otro camino, se bajaba por Cueva Buena a entrar por lo que es la central del pantano. Venía a salir al justo al Tranco.

Y aparecen los primeros ciervos en la sierra. Y resulta que esos animales venían criados por las mujeres de los ingenieros y de sus ayudantes. Primero soltaron dos. Uno de ellos lo bautizan con el nombre de Perote y otro con el nombre de Panza Negra. Como venían criados por las mujeres, pues ya estaban picados a ellas.

¿Qué es lo que pasa? Pues que como entonces las mujeres de los cortijos tenían que lavar en un tornajo, en la fuente o en la piedra en cualquier arroyo. Conforme lavaban, tendían la ropa. En el árbol más cercano, en el monte o una cuerda que se hacía de esparto verde. Mientras que se secaba la ropa a lo mejor le daba el olor al animal. Estuviera donde estuviera, se venía en busca de la ropa y cogía y toda la ropa de las mujeres la masticaban. A la del hombre no le tocaba.

Quiere decirse que aquellos animales venían picados por algo.

Lo único que le hacían al hombre era alguna trastada. Al abuelo un par de veces, el muchacho tuvo que rescatarlo de uno de estos ciervos. Cerca de la aldea hay un punto donde tenían unos pedazos de tierra. Se llama el Robleo. Eso está, subiendo a la parte izquierda. En aquel pedazo de tierra cada uno de los vecinos tenía su huerto con su agua propia. Era volcar la reguera del arroyo y a regar. Y el abuelo, pues por las tardes se iba a regar la huerta. Dos veces se le apareció el animal aquel. El abuelo, pues pino arriba y a lo alto. Es que venía detrás de él ¡Claro! El animal detrás del abuelo y él tronco arriba y a la copa. Llegaba el Panza Negra aquel y se acostaba allí, debajo del pino, en las patatas o las habichuelas hasta que se hacia de noche.

Ellos que ya sabían el tema: "¡Eh! Que no viene el abuelo". Cogían los vecinos, con los perros, porque sabían ya lo que pasaba, y allí estaba el ciervo: acostado bajo el pino. Con los perros lo asustaban, se iba y así rescataban al abuelo. Esto le pasó unas cuantas veces. Pero esta historia es real.Tal como os la estoy contando.

Aquel Panza Negra tuvo más aventuras. Había un autobús que venía de Cazorla al Tranco, hacia trasbordo en el pantano y se iba para Cortijos Nuevos, uno, y el otro se bajaba para Villanueva. Es correo. Sí, el correo. El animal cuando se paraba el autobús, como le daba el olor de las mujeres, metía el morro por una ventanilla y seguía al coche. El autobús andando y el bicho con la trompa metía por la ventanilla. Y esto no es cuanto. Es eral.

Y lo que pasaba es que como el animal no podía seguir al autobús, se paraba en medio de la carretera. Entonces había

pocos coches, lo que más había eran bicicletas. Como estaba en medio de la carretera, venía uno con la bicicleta, le daba con el morro y lo echaba a la cuneta. Otras veces, cuando lo veías en medio de la carretera, tenías que frenar, bajarte, dar la vuelta y volverte para atrás.

Pero nosotros, en mi contestación a tu carta y el tema que me pides, vamos para adelante. Ya te decía: a raíz del "dexpropio", muchos tuvieron que saltar. Resulta que al abuelo le dan, por una casa que era grandísima, porque equello tendría muchos metros cuadrados. Entre casa que tenía por delante, que daba la puerta al sur y todo lo que era de ganadería, los corrales y las tinás y todo eso, por la parte de atrás. Entre lo que valía la casa, valorado según ellos, doscientas olivas que poseían también, se ponen a darles, que por eso no quiso el abuelo hacerse cargo, treinta mil pesetas. Como te he dicho, por todo lo que tenían aquí le dan treinta mil pesetas y los fuerzan a salir de las tierras.

Y claro, ya te lo decía: a raíz de esto, el abuelo cogió una enfermedad y al poco tiempo, murió. Tenía sólo cincuenta y ocho años. ¿Murió porque tenía que morir o fue por el disgusto de quedarse sin tierras sin casa y sin raíces? Sé de otras familias que se quedaron en la ruina. Los del abuelo, a raíz de esa tragedia, cada uno salió para un lado. Unos se van a los pueblos de la loma. Otros a Valencia y atrabajar como un negro y condenados a estar fuera de la tierra para siempre. Quiere decirse que con lo bonito que es la sierra esta donde estuvo la aldea, lo que han pasado bregando en ella y los recuerdos que quedan, se puede escribir un libro bastante gordo.

Y asi estaban las cosas, cuando una mañana, el joven que toma parte en esta historia que venimos contando, salió de su

casa, subió hasta las tierras de la huerta suya y como no hacía todavía mucho frío las tierras sí estaban empapadas de agua, los campos se empezaron a llenar de setas. Siempre por estos barrancos y laderas crecieron buenos níscalos y por eso, aquella mañana, además de ir a darle una vuelta a los cultivos de la huerta, también quería buscar un puñado de apetitosas setas.

Porque una de las cosas que realmente le gustaba mucho era no sólo buscar y encontrar níscalos bajo las panochas de los pinos, sino luego al caer la tarde y llegar la noche, sentarse con los padres frente a las ascuas de la chimenea y en aquellas brasas ponerse a asar las setas y claro que por experiencia ya sabía que uno de los bocados más sanos y sabrosos eran los níscalos, criados entre las hojas secas de los pinos, alimentados y perfumados por las finas y templadas lluvias del otoño.

Pues se viene aquella mañana senda arriba y ya antes de llegar a este lugar se encuentro un buen rodal de setas. "Luego al volver los cogeré", se dijo porque su intención era llegar primero a la huerta, echar una mirada, terminar algún trabajo que el día antes había dejado pendiente y luego irse por el monte, para a lo largo del resto de la mañana, dedicarse a buscar níscalos. Esta era su intención teniendo ya así toda la mañana organizada en el trabajo que le gustaba por el gozo que estos trabajos siempre dejan en el alma.

Y así que termina de subir la senda, cruza el arroyo y se mete en las tierras de la huerta. En la huerta, además de algunas hortalizas propias del otoño, tenia sembrado también buenos árboles frutales: muchas higueras en las cuales todavía se podían ver algunos higos, nogueras, ciruelos, manzanos y otros árboles que se dan bien en estas sierras y

aguantan con fuerza tanto el frío como el calor. Entre ellos se encontraban las parras, los membrillos y los granados, pero aquella mañana, entre sus hortalizas otoñales, me quedaban todavía pendiente de coger las manzanas de tres o cuatro manzanos que lozanos y hermosos crecían junto al arroyo. Daban estos árboles unas manzanas pequeñitas, algo redondas, amarillas casi por completo cuando ya estaban maduras del todo, muy ácidas y ásperas cuando todavía no han madurado, pero deliciosamente exquisitas por los últimos días del otoño. Madura esta fruta aquí en las tierras nuestras, precisamente casi al final del otoño en incluso rozando los primeros días del invierno. Por esto todavía no las había cogido aunque sí sabía que ya se encontraban casi a punto y de aquí que al pasar aquella mañana por el lugar me acordara de los árboles y para mí me dijera: "Voy a ver si las manazas ya se pueden comer".

Y desde el centro de la huerta se sale hacia el lado del arroyo y cuando ya iba llegando a los manzanos, de entre las zarzas y la maraña, oyó un ruido extraño. "¿Qué será?" Se preguntó mientras ya comenzaba a rozar las ramas más bajas del árbol más grande y hermoso que también era el que daba las mejores manzanas. "¡Qué extraño, si el otro día estaba cargado a más no poder y ahora estoy viendo que casi no tiene manzanas!". Se volvió a decir mientras comprobaba como por el suelo se veían muchas manzanas ya amarillas y bien maduras y de las ramas sólo colgaban un puñado de "na y menos". Las más verdes y menudas. "¡Que raro es esto!". Y pisaba que ya las tierras más próximas al arroyo por donde las zarzas se espesan.

"¡Qué raro lo que veo por aquí!" y se vino para el lado de la corriente con la intención de enterarse y observar bien si lo que por allí se movía era algún animal silvestre como jabalíes,

ciervos o algún ser humano y más se inclinaba él a encontrar por aquel lindazo algún animal salvaje que había intentado meterse para comerse la fruta que un ser humano y se inclinaba más por el animal porque cualquier persona vecina de la aldea y de los cortijos cercanos, jamás se le hubiera ocurrido meterse en la huerta a robar porque esto no entraba en la condición de ninguna de las personas que vivían por aquí, sino que siempre, cualquiera de ellos, llamaba hermano al otro y pedía prestado lo que necesitaba, cereales o cualquier producto que en la tierra criaran.

Y por esta cuestión él se inclinaba a pensar que lo que por allí se movía no era un ser humano que quisiera esconderse, pero tampoco se inclinaba a creer que fuera un animal salvaje porque por las demás tierras de la huerta él no había observado ningún rastro que le indicara que algún animal andaba por allí haciendo de las suyas. "¿Pues qué será entonces?" Seguía preguntándose mientras ya se encontraba apartando las primeras ramas de zarzas y lentiscos para asomarse al surco del arroyo a ver qué encontraba.

Y por allí lo que encontró fue lo que menos se esperaba y ni siquiera había imaginado. Al apartar las primeras ramas vio que por el suelo se arrastraba como un trozo de tela así color canela y que se iba hacia el arroyo. "Esto es la Encantá", se dijo enseguida quedándose bastante desconcertado al tiempo que se llenaba de miedo. El joven muchacho cuando empezó a ver que por entre el monte del arroyo se movían como trozos y se perdían hacia la espesura del monte, lo primero que pensó fue eso: que aquello era cosa de la encantá.

Se llenó de miedo y por un momento quiso volverse para atrás y dejar que se perdiera por el monte aquello que se arrastraba, pero la curiosidad en su interior le empujaba a

descubrir con detalle qué era aquello y lo que hizo fue subirse en una de las rocas y desde ella descubrió en gran surco del arroyo, dominó la espesura del monte y con detalle también observó lo que era aquel trozo de tela que se arrastraba.
- ¿Y qué era?
- Pues sencillamente una talega de tela.
- ¿Una talega?
- Sí, una talega llena de manzanas que desde el árbol se perdía hacia el arroyo.
- Pero una talega de manzanas no puede arrastrarse por sí sola desde la huerta hacia el arroyo para perderse en la espesura del monte.

- Claro que no y tampoco aquella talega se movía sola y que tiraba de ella un hombre que también se había aplastado en la torrentera del arroyo y era uno de los del grupo del director y el joven al verlo respiró descubriendo que por fin aquello no era obra de la encantá, pero el hombre al sentirse descubierto, dejó de tirar de la talega, se puso de pie y en actitud humilde y casi pidiendo perdón, dijo al joven: "Yo no quería robarte tus manzanas, pero es que me han dicho que estas frutas son buenas y como tantas veces las he visto, hoy no he podido resistir la tentación de coger una talega. Te pido disculpas".

-No pasa nada hombre.
- ¿Sabes por qué lo he hecho?.
-No lo sé, pero tampoco me interesa porque puedes quedarte con ellas y si quieres, coge más.
- ¿De verdad no te enfadas?.
- ¿Porque cojas cuatro manzanas de esta huerta me voy a enfadar yo?.
-Tanto te estamos fastidiando nosotros con tantas cosas y a todos los que vivís por aquí que es imposible que después de

todo seáis buenos con nosotros. ¿Sabes por qué lo he hecho?.
- Ya te he dicho que no me interesa y que si quieres puedes coger sin reparo hasta que se acaben.

- Es que tanto me han dicho a mí que son buenas estas manzanas que al final no he podido resistir la tentación de llenar una talega para comerlas a lo largo del invierno, porque todo el mundo dice que esta fruta tuya es la mejor que existe y que no tiene ni abanos ni insecticidas ni está regada con aguas sucias ni el aire que las meces está contaminado y todo el mundo me decía que estas manzanas tuyas es una fruta sana por crecer ellas en una tierra tan buena, estar regadas por esa agua tan limpia que baja por el arroyo y ser maduradas por este viento tan puro y este sol tan hermoso y todas estas cualidades sanas y naturales se me habían metido dentro y por eso tenía ganas de coger una talega de manzanas y las que yo no me coma ahora se las voy a llevar a mi mujer y a mis hijos que viven en la ciudad para que por lo menos una vez en la vida prueben frutas ricas porque, además, hasta me han dicho a mí que estas manzanas tuyas, son medicinales. Es decir, que si me como cada día una, voy a tener menos refriados y menos problemas de barriga.

Por todo esto es por lo que yo me he atrevido a robarte una talega de manzanas cosa que ahora me arrepiento de haber hecho sin pedir permiso, pero ya que me has visto no tengo más remedio que darte las razones de esta acción mía y de verdad que me arrepiento y te pido disculpas y si quieres te las dejo o si quieres te las pago.
- ¡Que no hombre, que no! Tú llevate estas manzanas y ya te he dicho que si quieres puedes coger más porque lo que se cría en mi huerto es de todos porque a mí siempre me dijo mi familia que tres manzanas más o tres manzanas menos, nos deja igual de pobres o ricos.

- ¿Y cómo es que te portas así conmigo con lo mal que nos hemos portado nosotros contigo?.
- Una cosa no tiene nada que ver con la otra porque vuestra actitud y proceder sea el que es, no me obliga ahora a mí a que te quite la fruta y que te denuncie.
- Es que si me denuncias vas a salir perdiendo.
-No lo voy a hacer y, además, ya te he dicho que puedes irte en paz llevándote lo que has cogido de mi huerta y que si quieres coge más cosas ahora o cuando te apetezca, no tienes que pagarme nada ni tampoco yo voy a enfadarme por ello.

Esto fue lo que el joven le dijo al hombre de la cuadrilla del director el cual cargó con aquella talega de manzanas y se fue tan concento y lleno de dignidad y el joven siguió luego buscando sus níscalos y cuando unos días más tarde volvió ¿sabe usted lo que pasó?
- ¿Qué pasó?
- Algo que hasta me da vergüenza contar, pero como fue real, te lo voy a decir para que veas como son las cosas algunas veces.
- ¿Tiene algo que ver con el joven y el hombre de las manzanas?
- Tiene todo que ver porque los dos vinieron a ser protagonistas de la historia.
- Pues cuenta que te escucho.

- Como ya le he dicho fue también por el barranco y ocurrió sólo unos días después de aquello de las manzanas. Vino el joven a su huerta y trabajando en ella se pasó toda la mañana y llegó la hora del medio día y como tenía hambre, decidió comerse un poco de pan y tocino que había traído junto con un puñado de higo secos y fue y dejó la azada en las tierras, se salió de la huerta y andando por estos caminos

buscó un sitio soleado y tranquilo para sentarse frente al valle y comerse sus viandas y anduvo un poco buscando un lugar concreto hasta que vio un sitio que le gustó mucho y fue por allí, por aquel lado pegado al arroyo del Fraile, por donde pasaba antes un camino que más bien era un ajorro de arrastras los troncos.

Cerca de un gran roble se sentó, quedándole el camino por la parte de abajo y entre el camino y él, un montón de madera que la cuadrilla del director había cortado y tenía allí apilada para llevársela y aprovechando unas piedras, se sentó el joven y se puso a dar buena cuenta de su rica comida con su espíritu lleno de paz porque nada temía y su corazón sino que se sentía alegre porque a pesar de todo era joven y la vida y el día estaban llenos de belleza para él y sacó su pan, su trozo de tocino, su navaja y los higos secos y se puso a comer y entusiasmado y tranquilo estaba él cuando a sus espaldas oyó un ruido y se vuelve y ve que bajando por la ladera, hacia su encuentro, viene el hombre que unos días antes había cogido las manzanas de la huerta.

- ¿Qué se hace aquí?.
Le preguntó amenazante parado de pie frente a él.
- Pues ya vez usted, señor, comiéndome este trozo de pan con tocino porque tengo hambre.
- ¿Sólo eso?.
- Sólo eso, al mismo tiempo que sentado en esta piedra contemplo el barranco y me lleno de la música de la cascada del arroyo porque a mí me gusta el campo y me gusta gozar lo que del campo mana.
- ¿No será que te has venido a este lugar por alguna intención oculta que no me quieres decir?.
- Ya le he dicho la verdad. Tenía hambre y me he puesto a comer sentándome aquí lo mismo que me podría haber

sentado en cualquier otro sitio.

- Me estás engañando.
-¿Por qué le estoy engañando?.
- Porque no me cuentas la verdad.
- ¿Por qué no le estoy contando la verdad?.
-Tú te has sentado aquí con una intención muy concreta.
- Pues dígame cual.
-Has visto este montón de leña y como sabes que por el camino pasa gente de vez en cuando, te has sentado aquí con la intención de vender esta leña a cualquiera que por ahí pase y la quiera comprar.
- Eso que usted acaba de decir es una tontería.
- A mi no me digas que es una tontería porque hasta he visto el letrero que ahí tenías puesto donde se anunciaba la venta de esta leña a un precio casi de saldo.
- ¿Pero de qué letrero habla usted?.
- Sabes muy bien de qué estoy hablando y te voy a decir una cosa: no te denuncio al director para que te metan en la cárcel porque soy mejor persona de lo que piensas, pero de aquí en adelante, ándate con cuidado que en cuanto se lo diga al director ya verás lo que te va a pasar y lo de hoy lo vamos a dejar como está y yo haré la vista gorda para que nadie sepa nada, pero ten cuidado.

- Pero hombre, si yo sólo me he sentado aquí a comerme un trozo de pan con tocino y si le digo la verdad, ni siquiera había visto esa madera.
- Claro, como que tampoco has visto a la gente que pasa de un lado para otro a los cueles tú podrías haber vendido esta madera si no llega a ser porque yo me he presentado, pero en fin, en esta ocasión lo voy a dejar pasar y no le diré nada al director para que enfadado arremeta contra ti. Hoy quedan las cosas en un primer aviso, pero en la próxima no tendrás tanta

suerte.

A estas últimas palabras el joven no contestó. Se levantó del sitio que había elegido para comerse su trozo de pan con tocino y se fue a la huerta y al llegar la noche comentó con los suyos aquel incidente el cual escucharon atentos llenos de rabia y aquella misma noche, cuando ya el joven dormía al calor de la lumbre de la chimenea, decidio irse para siempre de estas sierras. En cuanto se levantó, se lo dijo a la madre y ésta, al saber la noticia, se entristeció, pero al poco reflexionó diciendo:
- Si comprendo que por aquí, a partir de estos nuevos tiempos, no va a ser facil la vida. Aunque me duela, tendré que aceptar la realidad. Ojalá sea para tu bien y tengas suerte.

Unos meses más tarde la madre preparó cuatro cosas al hermano y en una maleta de tablas viejas metió él dos cosillas más, cargó con ella, bajó por la senda que desde el valle se ve todavía, cruzó la llanura y el estrecho del río por donde se rompe la sierra y desde aquel día, el hermano, fue otro asuente más de estas sierras. Un arrancado de sus raíces por las circunstancias y a la fuerza, como tú tanto me cuentas en tus cartas.

En la casa pequeña y blanca que se alza sobre el cerro frente al gran valle de la hierba verde y de la sierra a lo lejos limpia y eterna, trajina la madre y la hija con las tierras del huerto, el agua del arroyo, las cuatro cabras blancas, las gallinas, el centeno, la tierra dura y las muchas piedras donde siembran los garbanzos, el trigo negro, los panizos, perales, membrillos y ciruelos.

Cuando por la noche se llenan los barrancos de la soledad y el silencio, las dos, se mente en la casa y sentados frente al

fuego se calientan en las llamas y piensan en Dios, como Padre bueno y les llora el corazón de tanto frío, tanta lucha, tanta ausencia y tantos recuerdos y luego se estrujan las lágrimas y cuando ya la noche va por su centro, se meten en la única cama, se calientan, se animan y quieren coger el sueño mientras en la ladera de la montaña, entre las rocas y el monte espeso, se estrella la nieve fría del crudo invierno, se hielan las cascadas por los barrancos y silba el viento.

Y en la soledad de la profunda sierra, muy lejos del otro mundo de la civilización, las ciudades grandes y los blancos pueblos, a ratos y mientras se van durmiendo, la hija confiesa a la madre:
- No sé yo hasta cuando podré aguantar tanta miseria.
Y triste la madre:
- ¿Por qué dices esto?
- Tan solos en este cortijo roto, con el piazo de tierra, las cuatro cabras y los dos perros ¿qué futuro es este, madre y para mí que, aunque soy joven, ya voy creciendo?

La madre escucha, calla y besa a la hija mientras a su mente acude la imagen del padre, aquella mañana de invierno, cuando Señor se lo llevó y ella aceptó que así Él lo estaría escrito y los que quedaron, también un poco ya murieron. Unos meses más tarde la madre preparó cuatro cosas al hermano y en una maleta de tablas viejas metió él dos cosillas más, cargó con ella, bajó por la senda , cruzó la llanura y el estrecho del río, por donde se rompe la sierra y desde aquel día, el hermano, como tú, vivió en su destierro.

Pero la madre aguardó y en silencio paciente lo espera. Y siguió corriendo el tiempo, cayendo las lluvias y en el humilde cortijo, pasando hambre y frío, noches enteras y al amanecer y luego otro días más, otro mes, otra primavera y

otro año y más silencio.

Hasta que una mañana al levantarse la otra hermana, ayuda de la madre, descuelga la sartén del humero, preparan las dos sillas de patas cortas, las cabras, las gallinas y el perro y con el burro cargado, como si la estuviera viendo, se bajó por la vereda que sale de por debajo del huerto, atraviesa las madroñeras y por donde la senda salta el arroyuelo, se pierde camino de las tierras llanas del valle, del rincón viejo, de la senda ancha, del vado grande del río y luego, del camino que se aleja de la sierra.
- Que escribas, hija y me cuentas cómo te van las cosas y vuelve cuando quieras o puedas que yo te quiero.

Y la buena mujer, al final, se quedó sola y subsistió con sólo seis u ocho cabras que tenía y una huertecica, pero en medio de los riscales. Una huertecita que no era más de un bancal de habichuelas, otro de patatas, de garbanzos y cuatro cosas más. Con ese puñado de tierra recogía para sobrevivir a lo largo del año. El agua la sacaba de royo Frío y eras también una odisea.

Venía por una canal hecha a mano por ella misma. Cuando se acercaba un pastor por allí le decía: “oiga, ayudame a cortar el pino éste”. Con la sierra, cortaban el pino, le hacían su canaleta, se lo llevaba a la pared de roca, buscaba los salientes y los agujeros, lo sujetaba como podía y lo tendía desde arriba hasta las tierras que cultivaba y por las canales aquellas y por su propio pie, venía el agua. Salía a la parte alta de la huerta y de allí era de donde ella se la llevaba por los surcos para regar. ¡Lo que pasó aquella mujer tan sola! Tenía una casilla muy pequeña. Ni a veinte metros cuadros llegaría. Allí vivía sola, porque, ya al final, no tenía familia ninguna. Si caía un nevazo, se tiraba quince días con la nieve encerrada

en la casilla sin poder salir. ¡Tú fíjate, una mujer tan sola y en aquellos rincones! Pero antes de seguir te pregunto si vas cogindo el hilo. Voy saltándome algunas cosas porque la historia fue así, pero creo que doy los datos suficientes para que se vaya reconstruyendo lo que falta.

La historia completa de esta mujer y el final, bien que me lo sé, pero para que conozcas mejor la realidad que intento describirte luego nos ponemos en camino, aunque sea imaginario, y te llevo hasta el rincón donde vivió y murió. Ahora vamos para adelante desde el punto que cogimos. No vamos a tardar en llegar y saber lo que me has preguntado.

Yo recuerdo, aquí y ahora, aquello de los ajos que tantas veces en tus cartas me has contado. “Cuando ya han nacido y están grandes, todavía verdes, pero no secos, si les cortas las hojas, lo que tiene fuera de la tierra que es la parte verde y lo que se ve de la planta, no te creas que se mueren. Debajo de tierra, siguen con sus raíces vivos y sanos. Y esto quiere decir que aunque le destruyas las partes visibles, no acabas con ellos porque las raíces, todavía siguen hincadas en la tierra y por ellas se alimentan. Y claro, lo que de verdad vale de esa planta no son las hojas verdes que se ven fuera de la tierra, sino lo que hay oculto a la vista y debajo. ¿Tú entiendes el mensaje?”

Y más de una vez te he dicho que lo entiendo. Que lo de los ajos y vosotros lo serranos, es algo así como lo que dice el Evangelio, que podrán matar el cuerpo, pero el alma, lo que hay dentro, no. Y muy claro queda también que el valor de las personas, sus sentimientos y sueños, se encuentra en lo más oculto del espíritu. Bajo tierra como los ajos y con raíces tan firme y en regiones de tan difícil acceso para los humanos, que sólo Dios tiene poder para ascender a ellas y tocarlas. ¿Es

esto lo que tantas veces me has querido decir cuando me hablabas de los ajos?

Pues en nuestra historia, pasó mucho tiempo. Como te sucede a ti ahora, el joven que de estas tierras se marchó, aunque mucho lo intentó, no supo adaptarse a su nuevo mundo y por eso un día volvió a donde, como los ajos, seguía teniendo sus raíces. Sube por el camino, ahora convertido en carretera, con la mochila sobre las espaldas. Dentro del zurrón, trae el puñado de viejos papeles que ha escritos a lo largo de los treintas últimos años y en su alma, otra vez la derrota, el desprecio de muchos y la soledad sonora que tanto le acompaña.

A la derecha, se le va quedando el hondo surco del río por donde el agua que mana de la gran sierra, sigue corriendo limpia y por la izquierda, la inclinada ladera de los bosques espesos, el arroyo de las cañas, la cueva oscura, las ruinas de las casas y más arriba, la gran cresta de la cumbre pétrea. Al frente, el sol saliendo de las otras cumbres largas y viejas y un poco más abajo, el amado valle ahora cubierto por las aguas del pantano azul negro.

Avanza callado, sumido en su pensamiento y rumiando la tristeza de la tremenda ruptura y el comienzo incierto de, lo que para él, es la nueva era. Se nota viejo porque el tiempo ha pasado y por eso, también se nota cansado, derrotado, amargo, quizá sin meta y sin ganas de luchar. Sesenta años en la misma guerra y con la mente puesta en la fija meta y aun las manos vacías y recibiendo sólo zancadillas, desprecio y golpes contra sus sueños, le pesan mucho. Por esto se siente cansado, sin deseos de seguir batallando y sin fuerzas. Regresa por que se nota derrotado y como la muerte cree que ya no está lejos, vuelve en busca del espacio escondido y

lejos de todos para refugiarse y acabar podrido en la tierra que tan dentro lleva.

Y al dar la curva, se encuentra la escena: el lujoso coche de siempre y dentro, al conductor que pretende salvar la tierra, pero sentado atrás y delante, el esclavo ayudante que sólo obedece sin tener libertad ni más control del coche que el volante. Porque los pedales del freno, el acelerador y el embrague, en este coche de lujo y por completo moderno, van atrás, junto a los pies del que ahora se cree dueño y salvador del mundo.

Al alcanzarlos y rozarlos, oye que el de atrás ordena al ayudante:
- Toma bien las curvas y no te salgas de la carretera que yo acelero y controlo la potencia de este bello coche.
Los saluda, los mira y sigue su camino. Una vez más se extraña porque comprueba la rareza del mundo con el que acaba de romper. Y una vez más se pregunta que de este modo ¿cómo es posible que sean guías y modelos y además, lleven a buen puerto a los que pretenden salvar?

En el día de hoy, está nublado el cielo, hace mucho frío, corre el viento y por los barrancos, se amontan la oscuridad de las tormentas. Sobre las altas sierras, brilla la blancura de las recientes nevadas y a los pastores que desde tiempos lejanísimos, han poblado estas sierras, todavía se les adivinan en las dehesas de las hierbas verdes que es donde pasan el invierno. No tardarán el volver porque ya hoy es Semana Santa y por eso también dentro de unos días, amanecerá la primavera que oficialmente ha llegado hace poco. Mayo, es para ellos el mes del regreso a las tierras nevadas de las altas cumbres y a las aldeas relucientes de sus amadas casas.

En el pueblo blanco, el que se encarama en lo más alto de la loma y queda adornado por los extensos olivares, ya hoy celebran las preciosas fiestas que acaban de llegar. Retumban los tambores por las calles, vibran las trompetas, se llena de perfume a incienso el aire y revolotean las túnicas de los que sacan procesiones y pasos decorados.

El que regresa, cruza el arroyo de las cañas, que donde mana la fuente caudalosa, roza las oscuras cuevas, donde dormían los rebaños de cabras, remonto la cuestecilla y en la misma piedra, se encuentro sentado al pastor de siempre y que todavía conoce.
- Vengo huyendo.
Le dice al saludarlo.
- ¿Todavía y en estos tiempos?
- Me he escapado y busco a mi rodal de tierra.
- ¿Pero tan mal te fue con ellos?

Y mientras a su lado se sienta, con la intención de hacer un breve descanso, mira a la derecha y ve al río todavía hundido en su profundo surco y, por la corriente, las aguas claras donde nadaron las nutrias, la vieja huerta de los cerezos, el arroyo de las cascadas de espuma y que desde las cumbres cae, los acantilados de la montaña donde revolotean los buitres y, en las limpias praderas, las eternas y siempre soñadas, pastando las ovejas.

- Desde aquellos tiempos lejanos, aquí seguimos y somos libres. Si quieres y puedes, te quedas que serás bienvenido.
Y le responde:
- Ya ves que escapado vengo, pero ahora ya tan viejo y con los rasgos de aquella civilización estampados a lo bruto en mis venas ¿cómo me las arreglo para no seguir muriendo más en estos cuatro días que me quedan?

- Pero ¿por qué no has podido hacerte a sus cosas? Porque ya ves que ahora tu sierra, no es la misma. De aquí y allá, muchos llegan y se ponen a recorrer los viejos caminos, en coches, caballos, bicicletas y disfrutan por los barrancos, por las fuentes, las cumbres y las laderas. ¿Cómo es que después de una vida entera no puedes participar ni de aquello ni de esto y sigues tan preso y en tu tristeza?

Y le contesta que:
- Escapado vengo y sin aceptar ni comprender ni un ápice de su ciencia y mira que lo he intentado, pero hasta lo más sabios, me han tratado con violencia y el amor que llevaba dentro, se me fue haciendo rebeldía y rechazo y cada vez más disminuido y encarcelado, me llenaba de tristeza. ¿**Por qué no he podido encontrar a un recto sabio, que repleto de amor, con cariño me hubiera mostrado la buena senda**?
Y el pastor:
- A eso, yo no te puedo responder, pero la lucha, tú bien lo sabes, hay que mantenerla porque las obras buenas, no se consiguen ni en dos días ni en un arrebato de potencia. Ya que has vuelto, si en algo te puedo servir, aquí me tienes.

Mira melancólico para las cumbres que por la derecha se alzan y con las nubes blancas juegan. Como si buscara algo o mejor, como si necesitara encontrar la verdad o realidad concreta que por fin le diera el descanso necesario.
- De los míos y la aldea blanca que se alzaba sobre las altas sierras ¿sabes algo?

Y otra vez el pastor:
- La última vez que estuve allí, al ver aquel terreno tan repleto ahora de silencio, tan tupido de pinos, lentiscos y romeros, tan enjutos algunos manantiales y tan rotos todos los cortijos, se me desgarró el alma. ¡Qué abandonado ha

quedado aquello! Pero ya que has vuelto, mejor es que vayas y lo veas. Quizá encuentres algo de lo que vienes buscando y se nota necesitas, pero te advierto que estas sierras, a lo que más lo dedican ahora, son a los turistas. Desde aquellos tiempos, dejó de intaresarles las ovejas nuestras, los huertos y las sementeras, que era lo que a nosotros nos mantenía con vida y desde aquellos días, siguen luchando por implantar en estas tierras, campings, hoteles, ferias y otras cosas parecidas. Lo que más les interesa y fomentan, ya te lo he dicho, es el turismo. Y desde aquellos días hasta hoy, a estas tierras, a lo que más las dedican, es al turismo.
Y el joven:
- Entre otras cosas, lo que quiero es ver dónde estuvo la aldea. Luego, intentaré llegar hasta las cuevas del arroyo y aunque sea para alimentar el recuerdo, dejaré que el viento me bese como en aquellos días y que la tierra me preste su calor o frío de hierro.

Y el que regresa, despide al pastor que cuida de sus ovejas, avanza por la negra carretera, atraviesa el muro del azul pantano que ahora se remansa asombroso cubriendo las tierras de aquella grandiosa vega y al girar para el lado de la cumbre, a su mente acuden los recuerdos. Por donde hoy se embalsan las aguas, antes corrían los ríos y a los lados, según se entraba a la vega, se extendían las tierras de las huertas. En ellas crecían los nogales, las parras y los cerezos que dan rojas cerezas por las fechas en que vuelven y cantan las golondrinas. Los humildes, pero hermosos cortijos se alzaban por las llanuras de la vega y los caminos de herradura, las fuentes y los arroyos, se cruzaban con en un juego de tardes dolorosas, pero bellas.

Sigue, gira para la derecha, remonta la pendiente de los olivos por donde los cortijos de aquellos tiempos, se

desmoronan pálidos y comidos por las zarzas y alcanza el collado de los pinos arrastrados por el viento. En cuanto acaba de remontar, ve como la senda corta la ladera intentando adaptarse a los dos o tres arroyuelos que ahí mismo nacen. Es esta ya la cuenca del arroyo del Cerezuelo y los arroyuelos son los primeros metros de este hermoso cauce.

Recuerda él que propiamente el arroyo del cerezo pequeño, el de los ruiseñores entre las ramas y las mariposas de seda, es éste que nace en el centro mismo de las tierras de la laguna. El otro arroyo, el que baja desde las cumbres del Almagreros y desciende por el Cubo, los Sótanos, el Poyete Cenón, el Chorrerón Grande y Chico y cae justo mismo a la Piedra del Esparto, siempre se llamó arroyo de Padilla.

En la parte alta, entre ese arroyo y este del árbol menor, se encuentra un gran cerro que mide 1312 m. y se llama Lancha Mojá, quedando por ahí cerca también la hermosa Piedra del Engarbo y la Atalaya que ya se encuentra a este lado, vertiente de arroyo de Mojoque. Abajo, donde crecen los olivos del cortijo de blanco, en ese barranco es donde se juntan los dos arroyos y por ahí mismo empiezan a salirle las acequias a un lado y otro para llevar el agua al puñado de cortijillos que en aquellos tiempos construyeron.

Pero como este rincón ahora cae bastante lejos del punto por el que se mueve, lo va a dejar para cuando luego regrese. El rincón del cortijo del cerezo pequeño, los cortijos de Padilla con la Solana y las Corralizas, tienen mucho que cortar y mejor será darle, en su momento, todo el tiempo y atención que sea necesario, si es que las fuerzas del alma, no se le mueren antes.

Ahora, en cuanto avanzan por el trozo de senda, ya ve al

frente y sobre el cerrete, las ruinas de las casas. Si decide entrarle por ahí a las ruinas, casi sin esfuerzo se encajará entre sus paredes con sólo seguir la senda que trae. Pero piensa que, al llegar al collado llamado de la Madera, también llamado, algo más adelante, Hoya de la Madera, debe apartarse de la vieja senda. Quiere continuar subiendo pegado al cauce del arroyo de Mojoque y rebasar los pinares. Es un rincón precioso este trozo último del arroyo y donde, además de muchos y bellos pinos y magníficos trozos de tierra fértil, también abundan los manantiales. Un montón de chorrillos de agua que brotan por entre los pinos, bajo las rocas de la ladera de enfrente, que es la que rodeó aquel día por el lado norte, y en cualquier trocillo de tierra. Es aquí donde en realidad nace el arroyo Mojoque. A los pies de esta gran falla de rocas que forman la cresta de la cordillera llamada Sierras de Las Lagunillas y justo mismo donde se encuentra las tierras fértiles de la pequeña meseta.

Recuerda bien que el arroyo no nace sólo en un punto concreto. Va surgiendo según baja, cosa que sucede en casi todos los cauces de estas sierras, pero que en éste es mucho más que en los otros. Por aquí, según se remonta, por entre los pinos y en la depresión de las tierras que forman el canal del arroyo, se ven los restos de las acequias que aquellos hombres tallaron para llevar el agua a sus huertos. Y en las cabeceras de estas acequias, las albercas que eran los depósitos de agua desde los cuales regaban sus tierras. Porque todas estas fértiles tierras ellos las convirtieron en bancales que sembraban unos años de cereales, trigo, centeno, maíz y otros, de hortalizas.

Así que perdido por entre el pequeño, pero magnífico rincón de tierra, sube y como va tan distraído en descubrir tantas realidades añejas en el tiempo, pero frescas en el alma,

sin que se dé cuenta remonta la ladera. Cuando ya se le acaba el arroyo porque la misma cumbre de la cordillera se alza formando barrera para poner tope al cauce, sigue y al poco se viene para el lado izquierdo que es por donde se le han quedado las ruinas de la amada aldea y se extiende la gran llanura. Se viene hacia el lado izquierdo y se prepara. En cuanto sale de entre los pinos que aún por aquí son espesos, de pronto, como si se tratara de un grandioso sueño, la hermosa llanura con su laguna en el centro y sus casas viejas recogidas en lo alto del cerrete, se abre fantástica. Una visión muy bella que le deja desconcertado y lleno de asombro por la vida que ella todavía refleja.

Lo sabe, pero una vez más se dice que pocos pueden esperar que aquí, casi en todo lo alto de esta escarpada sierra, exista un espacio de tierra como el que tiene ante los ojos. Llana por completo, con su laguna remansada, con sus laderas también a los lados casi llanas y con tanta agua y tanta tierra buena. Esto es lo que se dices al tiempo que se para porque la visión se lo pide y contempla despacio lo que tiene al frente.

Y al frente, se le abre la soledad, el silencio, la ausencia de los que estuvieron y ya no están, los juncos por las tierras que cubrió la laguna y ellos convirtieron en huertos, la manada de ciervos pastando cerca del manantial y sobre el cerrete, las ruinas de las que fueron grandiosas casas de serranos nobles. Recuerda que estos ciervos son algunos de los que vio aquel señor que subió hasta el lugar para luego contarlo en su guía para los visitantes, pero por supuesto, el que él quiso fotografiar y no puedo, ya no está.

Y en este mismo momento y dando un salto en el tiempo, también baja por la ladera y desde la parte alta, más arriba, se

asoma y acerca a la llanura. También se para y mira despacio. Va viendo como por las tierras, los bancales, aunque ya no estén, se reparten por aquí y por allá llenos de verdor, repletos de tomates, pimientos, habichuelas, lechugas, granados y ellos que bajan desde las casas a por agua al manantial y otros a sembrar o labrar las tierras, a recoger frutas... También ve a muchos animales. Una manada de vacas por la ladera del lado derecho de las casas, otra manada de ovejas, cabras que ramonean y vuelcan por el lado este de los manantiales que ha rozado. Se mueven algunos burros que van surcando la senda y los mulos que también van y vienen desde la aldea a la llanura y desde aquí por las otras laderas. Ve todo esto y por entre ellos y sus casas se ven saltar sus ilusiones, inquietudes, sufrimientos y al mismo tiempo la sonrisa y algarabía de algunos niños coronados por los caminos blancos que trazan los chorros de humo de las chimeneas y junto al calor del fuego, sentados, los ancianos.

Aquel día que acaba de juntar con este de hoy, la vida y el trajín de la vida hervía por el puñado de tierras llanas en las laderas de estas cumbres y ello le llenó de satisfacción. No podía esperar lo que empezó a descubrir según bajaba por el monte. Y no se lo esperaba por lo lejos, escondido y apartado que el rincón se encuentra de todos los caminos y casas de estas sierras. Hoy tampoco se espera lo que está viendo y por eso algo asombrado y con el alma inquieta sigue bajando por su ladera que no es la suya. Se acerca con cuidado para que los ciervos, que todavía pastan en las hierbas frescas por donde brotan las primeras aguas, no lo vean aunque no vaya con la intención de sacarle ninguna foto. Se acerca en silencio porque al mismo tiempo siente cierto respeto por las tierras que pisas ya que nota que aún les siguen perteneciendo.

Lo ven los ciervos y emprende la huida ladera arriba por

donde hace un momento ha bajado. No se lamenta. Su preocupación en este momento se centra en no molestarlos ya que a pesar de como fue aquello, ahora ellos se encuentran en sus tierras, tranquilamente pastando. Recuerda que para esto y otras realidades, les quitaron las tierras a los serranos que les pertenecían con todos los derechos. A pesar de todo es el intruso hoy por aquí.

Se detiene y mira despacio como respirando antes de seguir. Siente lo mucho que le queda porque se ha parado pisando las primeras tierras que fueron de ellos y desde ahí hasta las casas y por entre sus ruinas, aunque la distancia parezca corta, hay mucho que contar porque las emociones y los sentimientos se amontonan. Y le queda poco porque una vez ahí, aunque esté aquí, puede seguir el camino e ir a salir a la misma Cabañuela. Desde la Cabañuela, Bujaraiza cae justo debajo. Así que sólo tiene que seguir otra senda y caer encima de esas otras ruinas.

Termina de bajar a la llanura y mientras se acerca a la fuente que mana en el mismo centro de las tierras, ve como la manada de ciervos emprenden su huida por la ladera en que el pastor y él bajaban aquel día. Junto a la fuente, el manantial principal, se para un rato y luego sube la cuesta en busca de las casas. Le entra por la parte de atrás y entre asombro y curiosidad comienza a recorrerlas. Enseguida descubre que ni una sola tiene ya techo. En ninguna de ellas se puede ya vivir porque todo es pura ruina, pero en casi todas ellas aún se adivinan el hueco donde estuvo la chimenea, la lacena, las escaleras, los aposentos a un lado y otro y los establos para el ganado. Hasta la “bola”, el horno donde se cocía el pan y eso sí, muchos trozos de tablas que en otros tiempos fueron las vigas que sujetaban el tejado, se amontonan por entre los escombros de las paredes caídas.

Como es primavera y hace gran viento y frío, ahí mismo, entre las paredes de las primeras casas por el lado del arroyo, se pones a encender un fuego. Ni siquiera necesita ir a buscar teas o trozos de ramas secas por el monte. Se limita a recoger las tablas viejas que entre los escombros se están pudriendo y en dos minutos la lumbre se convierte en una gran fogata.

Y en las llamas de la lumbre asa su trozo de tocino, alimento que ellos cocinaban casi a diario, cuando hasta él se acercan dos hombres. Al verlos se queda sorprendido porque enseguida ve que no son serranos sino que proceden de la Administración y, además, han salido de pronto y como de la nada.
- Tranquilo, no te asustes.
Le dice el que parece jefe.
- Ni te vamos a denunciar por andar por aquí y encender fuego entre las ruinas de esta aldea ni somos autoridades. Tú tranquilo que aunque sabemos que estas tierras pertenecen al estado y son coto nacional, lo cual es lo mismo que decir que está prohibido andar por el monte asustando a los animales que pastan tranquilamente en sus praderas, nosotros no te hemos visto.
- ¿Qué hacéis entonces por aquí y quienes sois?
- Eso está claro: no somos serranos sino otros y hemos venido con la intención de realizar un proyecto.
- ¿Qué proyecto?
- ¿De verdad quieres saberlo?
- Como me lo habéis anunciado la curiosidad me pica.
- Síguenos y verás.

Se mueven ellos hacia lo alto del cerrillo y los sigue. Se sitúan sobre una roca y le dicen:
- ¡Mira!

Dirige sus miradas hacia donde le indican y enseguida le preguntan:
- ¿Qué ves?
- Sólo una inmensa panorámica, con las hermosas cumbres de la Sierra de Segura en el horizonte allá a lo lejos, las azules aguas del pantano aquí en la hondonada y las laderas repletas de bosques y rocas que desde esas aguas suben hacia nosotros. Sólo veo esto y me parece fantástica tan impresionante panorámica.

- Pues ahí se encuentra lo que te queremos enseñar.
- Pero tenéis que explicármelo para que lo entienda.
- Si miras bien, allá junto a las aguas del pantano, se ven los cortijos y frente a los cortijos los pueblos que aunque silenciosos se encuentran llenos de vida. Desde que trazamos las carreteras por estas sierras e introdujimos el progreso en forma de turismo, todos esos pueblos y cortijos se llenaron de vida y bienestar. La gente no lo creía, pero les trajimos la salvación y aunque en alguna ocasión, como fue el caso de esta aldea y otras, tuvimos que expropiarlas y luego derribarlas para que los animales del coto pudieran desarrollarse a gusto, a pesar de esto, ellos siempre salieron ganando. Fíjate qué buena carretera asfaltada hicimos desde el muro todo el valle arriba.
- Algo de lo que me dices estoy viendo aunque los siento de otra manera, pero lo que me querías enseñar ¿qué era?
- Ya deberías haberlo descubierto. Mas como veo que no, voy a tener la paciencia de explicártelo con detalle. ¿Ves la carretera que desde el muro sube?
- La estoy viendo.
- ¿Ves la ladera que desde allí hasta aquí existe?
- También la veo.
- ¿Ves la senda que desde la carretera sube hasta esta desconocida aldea?

- La senda no la veo porque el bosque y los barrancos me lo impiden, pero adivino por dónde viene porque la conozco bien.
- Pues precisamente por eso, porque desde el pantano hasta esta cumbre lo que existe es una estrecha senda, tortuosa y en mal estado y, además, cuesta mucho subirla, por eso y por ahí, queremos trazar otra carretera.
- ¡¿Una carretera más?!
- Sí, y que arranque desde la del valle que a su vez enlaza con los pueblos y que surcando esta ladera, suba o descienda desde estas cumbres hasta el valle. ¿Qué te parece?
- Me parece una barbaridad por la ofensa.
- ¿Ofensa a quién?
- Si echasteis a los serranos de esta aldea y luego la minasteis arguyendo que era necesario para que el bosque se conservara y los animales silvestres pudieran vivir en paz ¿por qué ahora destrozáis el monte trazando y rompiendo el mundo en que viven los animales?
- Es que no es lo mismo.
- ¿Por qué no?
- Sobre las ruinas de esta aldea puede que algún día construyamos edificios lujosos para los paseantes y como es natural, los paseantes necesitan carreteras buenas para venir con sus coches. Esto es progreso y bien para la gente de estas sierras y por eso pensamos que aunque se rompa un trozo de monte no pasa nada. ¿No querrás que suban y bajan desde aquí por esa senda de burros que ellos construyeron?

A esta pregunta no responde. Deja que en silencio primero pase un rato. Luego se queda ahí con ellos no porque le guste su compañía sino porque necesita llenarse a fondo de la visión que desde el lugar descubre. Y de pronto, antes sus ojos, como en un sueño, lo que aparece es sólo desolación. Años después de aquella destrucción, llega una gran sequía y sobre las hermosas llanuras de la aldea perdida, también se

extiende otra desolación.

Se mira a la tierra y se descubre que ya no hay laguna en la llanura hoya que por eso se llama así. Desde tiempos lejanísimos en esa dolina gigante se ha estancado el agua de las lluvias y se ha formado la laguna. Pero es que en el sueño tampoco brota la fuente de los juncos que mana junto a los fresnos. No hay hierba fresca por entre las acequias abandonadas. Desde hace algunos años, sobre la otra cumbre que se llama Almagreros por encima de la llanura, no blanquea la nieve. Casi nunca ya descargan las tormentas y si alguna aparece por aquí, ni en la sombra se parece a la de aquellos tiempos. Ya casi no corre el arroyo y hasta los pinos que arrastra el viento se están secando. Los animales, los ciervos, los jabalíes y las cabras monteses, se encuentran más o menos agusto porque no los molestan los serranos, pero se les ven famélicos mientras se mueren porque no tienen un tallo que llevarse a la boca.

Y a continuación y dentro de su extraño sueño, sigue viendo que las casas de la aldea quedan detrás, un poco a las espaldas y lo que hace es remontar y aproximarse a ellas. Pero ¡oh sorpresa! No puede acercarse porque varios hombres se le ponen delante y lo paran.
- ¿Qué pasa?
Les pregunta.
- No puedes seguir
- ¿Y por qué no? Sólo voy de camino por esta vieja senda que va a las casas de los míos.
- Pero en este momento no puedes pasar cerca de las casas.
- ¿Qué sucede?
- Entre las piedras de las paredes están terminando de poner la carga de barrenos y los vamos a explosionar de un momento a otro.

- ¿Y eso por qué?
- No lo han ordenado y nosotros nos limitamos a poner la dinamita y a prenderle fuego. Se quieres, para aquí y espera un momento a que la dinamita explote. Así contemplarás el espectáculo y luego sigues.

Los mira sorprendido y dice que sí, que espera en el cerrillo frente a las viejas casas que todavía son blancas y tienen sus tejados y sus puertas.
- Ya verás qué espectáculo este de la dinamita explotando entre las paredes de las casas y las tejas cayendo rotas. Espera sólo unos minutos y verás.
Se queda sentado sobre la hierba del suelo y mientras mira hacia las hermosas casas, siente los golpes de los que dentro de ellas todavía trabajan haciendo los agujeros. Mira despacio y ahora el rincón le parece mucho más bonito que hace un rato. El collado por donde sube el arroyo que es por donde desagua el manantial que brota en el centro de las tierras, se ve todo repleto de hierba. Las encinas que no los pinos, se mecen movidas por el viento y hasta por entre ellas parece que se ve el trajín de los rebaños al otro lado del collado, por detrás de las casas, en las tierras fértiles. En silencio se pregunta por los que viven en las casas y hasta piensa en lo que ellos sentirán cuando regresen y vean que ya no tienen viviendas, sino ruinas y desolación. No se atreve a pronunciar palabra cuando en estos momentos ve correr a los hombres que han puesto los barrenos. Se esconde detrás de una rocas al tiempo que gritan:
- ¡Barreno va!

Contiene la respiración y no es por mucho tiempo. En unos segundos suenan las explosiones y mientras estallan caen, una detrás de otra, las tejas de las casas, los trozos de madera y las paredes. Desde el cerro redondo se alza la

polvareda que en segundos el viento arrastra dejando impregnado todo el ambiente de un extraño olor. Huele a pólvora quemada mezclada con cal y tejas rotas y a continuación el silencio. Una quietud profunda que llega hasta él cargada de muerte, de destrucción, de guerra ganada por el más fuerte sin que se pueda celebrar porque el corazón se encoge ante tanto cadáveres sobre el campo de batalla.

- Ya puedes regresar a tu camino.
Le dice el que anunció los barrenos. Así que se pone en pie, comienza a subir por la vieja senda del collado y al llegar al cauce donde la vereda lo cruza y dando una curva se viene para el cerro de las casas, procura evitarlo: en lugar de seguir por la senda e ir a parar al rellano de las eras y desde ahí a la misma puerta de las viviendas, se va cañada arriba. Sale esta cañada a las primeras tierras de la llanura y luego, donde la laguna siempre existió, se desforma o mejor, se transforma en llanura que ellos utilizaron para huertas. Van quedando las casas a la izquierda y de vez en cuando las mira de reojo sin ni siquiera atreverse a decir lo que siente. Tampoco se atreve a miralas con detenimiento.

“Aunque podría pararme y esperar a que los míos vuelvan de con los rebaños por el monte. ¿Qué dirán cuando lleguen y se encuentren con que sus casas ya no son sino puras ruinas?”

El que ha vuelto, estos momentos como si despertara de un raro sueño, en un paseo amargo por el dolor de los recuerdos, mira a los hombres que le han llevado hasta el cerrete y les dice:
- Venid conmigo y sentaros un rato junto a las llamas de la lumbre que tengo ardiendo.
- ¿Para qué nos quieres?

- Puede que no sirva de mucho y menos a estas alturas, pero ahora necesito contaros algo que a lo mejor no conocéis con detalle.
- ¿Tiene que ver con nuestro trabajo por aquí?
- Yo os lo voy a narrar y luego vosotros juzgáis.

Se mueven por la tierra, regresan a la lumbre que entre las ruinas de las casas, piedras, trozos de tejas, maderas podridas y zarzas, arde. Toman asiento frente a las llamas y el que ha vuelto, habla diciendo:

Al salir de las tierras, a las familias las partieron por medio. Unas para un lado, otras para otro. A muchos se los llevaron a la zona de Espeluy, otros por Pueblo Nuevo y el resto, emigraron: unos para Valencia, para Barcelona... total, el destronque familiar. Quiero decirse que aquello, a muchas familias hasta incluso les costó una enfermedad. El abuelo fue uno de ellos. Como eran una familia numerosa, ocho hermanos: cuatro varones y cuatro hembras. Según les dijeron, a ellos les pertenecía una casa familiar, pero luego resultó que dicha casa no fue cierto.

Cuando los míos salieron de aquí, fueron los últimos. Incluso hasta vino alguna vez el teniente de la Guardia Civil a molestarlos. Varias veces subieron al cortijo a decirles que tenían que dejar las tierras. Se quedaron los últimos y solos. Salieron casi esposaos. No les faltó nada más que los llevaran a punta de escopeta. A los demás vecinos, según se fueron yendo, les iban dando una casa, su huertecilla y tal. Una parcela que le llamaban a aquello, de grande, tanto la casa como la parecela, con arreglo a las propiedades que dejaban.

Y así el joven que había vuelto, durante rato, relata y relata intentando llegar al punto concreto y al preguntarles él por la

madre, responden diciendo:
- ¿Es la que por aquí todos conocen por la tía Dorotea?
- Mi madre se quedó sola en estos montes y hoy vengo a buscarla para llevármela conmigo o quedarnos en la cueva que conoce y morir juntos.

Y ellos, ahora recuerdan que su cortijo, el pequeño y solitario cortijo de la cumbre, no se ve desde el valle porque lo tapa el voladero por donde se despeña la cascada grande y hay que subir y remontar la primera parte de la ladera y a pesar de eso, se ve sólo cuando ya se está encima. Desde el camino viejo, que ahora es la carretera del asfalto, subía la senda que iba derecha a su cortijo y como lo tienen todavía tan fresco, recuerdan que en el cortijo del valle, aquella noche junto al fuego, la abuela se lo contó y ahora, mientras sigue avanzando la tarde y con los ojos, unos y otros recorren el cerro, el más decidido habla y dice:

- Tendría ella muy claro en su cabeza las cosas y en el fondo sabía bien lo que quería, porque de otro modo no se explica lo que hizo porque nadie llegó nunca a comprenderlo aunque sí respetamos y aceptamos aquella decisión que le llevó a la soledad más absoluta hasta el día final y por eso te decía que esa mujer fue un héroe y a demás una santa.

El caso es que como se hacía vieja porque el tiempo no pasa sin dejar huellas y vivía tan sola, a todos nos preocupaba que un día le pasara algo. En una ocasión, ahí, al cortijo grande, vinieron las señoritas y una de ellas, que era una buenísima persona, ya andaba, desde hacía algún tiempo preocupada por la soledad de la anciana. Le preocupaba a ella mucho que la mujer siendo ya tan mayor, viviera sola en un monte tan agreste y grande como era este cerro.
- La pobre mujer, un día de estos, cuando menos lo

esperemos, le va a pasar algo y sola como está, a ver quien le ayuda.
Decía una y otra vez la señorita.

- En eso tienes razón y nosotros somos los que de deberíamos tomar medidas.
Le contestaba la señora hermana.
- Pues hoy tenemos que subir al cortijo de la anciana a ver si la convencemos y se viene con nosotros a la casa del pueblo.
- La idea es estupenda porque, además, es obra de caridad, pero ya verás como la abuela no quiere y si acaso logramos convencerla, verá como otra vez se vuelve ella a su cortijo.
Le decía el mayoral de las cabras.
- Tenemos que intentarlo porque la pobre mujer allí sola, corre peligro.
- Pues siendo así, estoy dispuesto a echar una mano en lo que la señorita necesite.
- Por ahora, lo único que necesitamos es que nos acompañes hasta su casa. Tú sabes por dónde va la senda y como conoces bien el terreno, seguro que llegamos porque nosotras solas ¿a dónde vamos por estas tierras tan llenas de monte y escarpadas?
- Eso está hecho. Les acompaño a ustedes hasta el cortijo de la anciana porque también estoy de acuerdo en hacer algo por la mujer antes de que un día se muera en la pobreza y sin compañía de nadie.

Así que aquel día salieron temprano del cortijo grande y se pusieron en camino monte arriba en busca de la abuela. Estaba ya yéndose la primavera y entrando el verano y por eso en cuanto el sol se alzaba en el cielo pegaba fuerte sobre la solana. De aquí que ellos procurasen salir rayando el alba a fin de llegar pronto y volver para medio día a comer a cortijo grande. También por esto, aquella mañana era todo un

espectáculo la gran ladera. Las vacas pastaban por las cañadas, los rebaños de cabras atravesando los madroñales y las manadas de ovejas subían o bajaban buscando las mejores praderas junto a las corrientes de los arroyos.

Los tres se pusieron en camino ladera arriba guiados por el mayoral de las cabras y como la señorita, aunque era una excelente persona, no estaba acostumbrada ni a las sendas ni a las cuestas de estos montes, pronto tuvo problemas.
- ¿Qué le pasa a usted, señorita?
Preguntó el mayoral.
- Como estás viendo, se me han roto los zapatos y los pies me duelen tanto que no puedo más.
- Si quiere nos volvemos y otro día subimos.
- Eso ni hablar. Hoy tenemos que llegar hasta donde vive la abuela aunque a mí se me llenen los pies de heridas.
- Pero sin calzado no se puede andar por estos montes.

- Vosotros los serranos sí os movíais por aquí con total agilidad, con los pies cubiertos por simples esparteñas y además de ser felices, camináis por estas sendas a diario venciéndolas un día y otro sin problemas.
- Pero no es lo mismo, señorita. Usted no está acostumbrada y es normal que esta subida le resulte dura. Si usted, el problema de su calzado lo arreglo enseguida.
- ¿Qué se puede hacer?
- Le dejo mis zapatos que casi son de la misma medida. Usted se los pone y ya verá como seguimos subiendo y llegamos.

A la señorita le gustó la idea y por eso no tardó en ponerse los zapatos del mayoral. A media ladera, bajo la sombra de un pino, se sentaron y mientras él se quitaba los zapatos de esparto y ella se los iba poniendo, a la mente de la muchacha acudió la imagen del tesoro de la abuelita.

- ¿Es verdad o no?
Le preguntaba al mayoral.
- ¿Por qué me lo pregunta?
- Es que lo he oído bastante veces de unos y otros y claro, aunque no le doy crédito, al final una llega a dudar. Ahora que tengo la oportunidad te lo pregunto a ti porque creo que sí estarás bien informado.
- Pues mire usted señorita, lo que sé es poca cosa y desde luego todo también pura habladuría porque el tesoro de la anciana yo no lo he visto nunca y creo que tampoco lo ha visto ni tocado nadie.
- Y lo que sabes ¿ qué es?
- Sé que ella, al parecer, andando un día por estos montes se tropezó con unas rocas raras que nunca nadie había visto y que eran como piedras preciosas. Dicen que eran trozos de piedras que brillaban como el cristal, con la superficie pulida, tan suave como la espuma y transparentes como el viento. Unas piedras en forma de cristales de un kilo o así de peso y que se encontraban sueltas en una ladera oculta entre el monte. Allí mismo y más abajo, también encontró otras pocas piedras de aquellas, transparentes y brillantes como las primeras, pero de color morado intenso. Según yo he oído decir, ella cogió sólo unas cuantas y se las trajo a su cortijo. En el lugar de hallazgo se dejó las demás pensando que un día, nadie sabe cuando, volvería para decírselo luego a todo el mundo y si de verdad esas piedras son buenas, venderlas y hacerse rica.

Esto es lo que a mí me dijeron unos y otros, cosa que nunca llegué a creer del todo ni tampoco pongo en duda. Por que ¿quién sabe si pudiera ser verdad?
- Ya te digo que también lo he oído, pero claro, piedras preciosas aquí en estos montes nunca se dieron y por otro lado, si tanto se habla, mientras no se compruebe ¿cómo

negarlo?
- Yo estoy pensando que como usted es una persona muy educada y sabe cómo tratar a la abuelita, cuando lleguemos le puede preguntar y a lo mejor se anima y nos lo cuenta. ¿Qué le parece?
- Me parece bien, pero ten en cuanta que mi interés en ir hasta el cortijo y verla ya sabes que es por otro asunto ¿Crees tú que ella se vendrá?
- A ella, como a todos los buenos serranos, le resulta más que duro, casi imposible dejar el rincón donde en estas sierras ha vivido. Los demás valores y cosas de la tierra no tienen interés para una persona como la abuelita. Los serranos, los auténticos hombres y mujeres de estas sierras, siempre hemos llevado dentro estos valores y eso no hay cosa en el mundo que lo cambie. Habremos sido más pobre y hasta con menos formación que otros, pero a valores humanos llenos de sincero amor, nadie nunca nos ganará.
- En fin, cuando lleguemos y le hablemos veremos lo que piensa y hace.

Así que una vez descansada y con los zapatos repuestos, el mayoral de las cabras, la señorita y la hermana, siguieron subiendo por la senda que surca el monte en busca del cortijo perdido, como ellas lo llamaban. Pero como esta ladera es tan larga y tan mala y tan áspera de andar, media hora más tarde, ahora era la hermana la que ya no podía más.
- ¿Qué le pasa señora?
Le pregunta el mayoral.
- Pues que estoy tan agotada que no puedo con mi cuerpo.
- Si pudiera hacer un esfuerzo, en nada de tiempo estaríamos en el cortijo.
- Lo siento, pero en estos momentos no tengo fuerzas ni para dar tres pasos más.
- Pues nos volvemos.

- Ya que hemos llegado hasta estas alturas tenemos que seguir.

A mí me dejáis en la sombra de estos pinos y aquí os espero. Vosotros seguí porque ella necesita de compañía humana y si lográis que se venga, daremos por bien sufrido este esfuerzo.
- Si usted se queda le voy a decir que no se mueva de la sombra de este pino no sea que se meta por el monte y se despeña por algún barranco de estos. Usted quédese aquí a la sombra, respirando el aire fresco que sube del valle y gozando de la hermosa panorámica y cuando volvamos, regresamos juntos. Sola no se va a quedar porque a mi perra le voy a pedir que se esté aquí con usted dándole compañía y ya ve que las vacas también pastan por aquel barranco que aunque parezca que no, los animales acompañan.
- Yo haré caso a lo que usted me diga y aquí me quedaré esperando.
El mayoral miró a la perra grande y le dijo: “Aquí te quedas con el ama y ya sabes, cuídala que no le pase nada” y el animal parece que comprendió lo que le dijo el dueño.

Así que la señorita y el mayoral de las cabras siguieron subiendo ya bastante más reconfortados porque el cortijo no quedaba lejos y tampoco tenía mucha complicación el trozo que faltaba. En unos minutos remontaron una lomilla, atravesaron un buen trozo de bosque, alcanzaron una repisa y ya tenían antes sus ojos el cortijillo de la abuela.
- Verá usted que sorpresa se va a llevar cuando nos vea porque como no nos espera y como por el lugar viene tan poca gente, sin duda que no se lo va a creer.
Le decía el mayoral.
- Y no sé porque, pero hasta me siento alegre del encuentro. Debe ser tan buena la abuelita y debe sentirse tan sola que

hasta siento gozo de este encuentro.

Y así fue: la abuela estaba sentada frente a la lumbre de la chimenea cuando ellos entraron y la cogieron desprevenida.
- Somos gente de paz.
Le dijo el mayoral acercándose y besándola. Se volvió la abuelita y nerviosa dijo:
- Yo te conozco a ti y me alegro que vuelvas, pero esta zagala no sé quién es.
- Es la señorita del cortijo grande que ha tenido el gusto de venir a tu casa porque quería conocerte y darte un rato de compañía.
- Pues hija mía, yo ni tengo nada qué ofrecerte ni te puedo enseñar nada porque ya ves qué chico es mi cortijo y qué pocas cosas hay en él. Un cuartucho con mi cama, una mesa destartalada, una silla y la lumbre que siempre arde porque es la única compañía que tengo. Así que bien venida a mi rincón y siéntate frente a la lumbre que es lo único que puedo ofrecerte y un baso de agua fresca, si quieres.

- Hermana, yo estoy encantada sólo con estar junto a usted y por eso todo lo demás me sobra. Hemos venido nada más que para estar un rato con usted y charlar y como ya estoy en su casa y la tengo aquí a mi lado, me sobra cualquier otra cosa. No necesito de nada porque no venía buscando sino su presencia y el calor de este hermoso cortijo con su lumbre y la paz que en él hay.
Le dijo la señorita.
- Pues gracias, hija mía, por tu generosidad que ya veo que es como la de todos los jóvenes de hoy en día, sincera y noble. Una no se merece tantas atenciones porque una no hizo nunca nada en la vida por los demás y fíjate que ahora, cuando ya soy vieja, todo el mundo os preocupáis por mí como si yo fuera importante. Todos los jóvenes de hoy tenéis buen corazón y

sois tan generosos conmigo que en ocasiones hasta me siento avergonzada. ¿Por qué te has tomado tantas molestias en subir ese camino tan malo?
- Es que ya le he dicho que teníamos interés en conocerla y estar aquí un rato a su lado para charla de algunas cosas.
- La verdad es que no sé de qué cosas vamos a charlar.
- Hablamos primero de sus cosas y luego yo le contaré un plan que estoy pensando.
- Pues de mis cosas, como no te cuente los ratos que me paso buscando níscalos y caracoles que luego llevo a los que viven en los cortijos del arroyo, como no te cuente lo buenas que son esas personas conmigo que cada vez que voy por allí me dan tantas comida que luego tengo que dar dos viajes para subirlas a mi cortijo, como no te cuente que ellos me repiten una vez y otra que deje de vivir sola en este cortijo porque algún día me va a pasar algo, como no te cuente alguna de estas cosas, no sé de qué puedo hablar contigo a no ser que te cuente el sueño que tanto se me repite cada noche.

- ¿Y qué sueño es?
- Pues mira, los sueño mucho y en él siempre veo algo que en la realidad de mi vida nunca vi con estos ojos.
- ¿Qué ve?
- Lo primero una gran montaña que se parece a esta donde vivo, pero que es más grande y con paisajes y laderas distintas. Y sobre la gran montaña, arriba, casi en la cumbre, siempre una manada de búfalos que viven como si estuvieran encerrados, pastando en las praderas que sobre la cumbre tiene esa montaña y nunca pueden bajar a los pastos de la llanura.
- ¿Por qué no pueden bajar?
- Primero porque unas grandes paredes de rocas se lo impiden y segundo, porque también se lo impide un grupo de hombres que guardan la montaña.

En una ocasión, en mi sueño, le pregunté a uno de los hombres por qué forzaban a los animales a vivir sobre la cumbre donde aunque tienen praderas, las que hay por las partes bajas también son buenas y están repletas de finas hierbas ¿y sabes lo que me dijo?
- ¿Qué le dijo?
- Pues que no dejaban que los animales bajaran a las praderas de las laderas y del valle porque todas las tierras eran para los visitantes. “Los animales que ahora pastan por la cumbre de esta montaña, son una reserva que hemos acorralado en las alturas para que no se acaben y donde los visitantes no llegan tanto. Es decir: las cumbres para los animales de donde no pueden salir porque todas las otras tierras de las zonas medias y los valles son para los visitantes que desde aquí los observan tranquilos pastando por la tierra de la cumbre”.

Esto fue lo que me dijo aquel hombre cuando le pregunté y la verdad es que ni me gustó su respuesta ni me gustó ver lo que con esos animales han hecho. Los han dejado aislados sobre las cumbres, cerrándoles todas las puertas hacia otras tierras como si fueran piezas de museo que quieren conservar, pero privándolos de vida. ¿Tú crees que eso está bien?
- Yo creo que no porque las personas serán importantes, pero quitarle las tierras a los animales para dejarlos encerrados entre las rocas de la cumbre, tampoco me parece bien. Pero en fin, vamos a lo nuestro.
- ¿Y qué es lo nuestro, hija mía?
- Pues que me gustaría que se viniera a vivir a mi casa.

Cuando la señorita terminó de pronunciar estas palabras, la anciana la miró y no respondió enseguida, sino que guardó silencio y durante un rato permaneció pensativa, como si buscara alguna vivencia entre sus recuerdos sobre la cual apoyarse para responder. También la señorita empezó a

preocuparse, ante la duda de si habría molestado o no a la abuelita con aquella pretensión. Miró al mayoral como esperando que él le echara una mano y al instante se fijó en la abuelita otra vez y le dijo:
- Bueno, lo que acabo de decir no tiene por qué ser ahora mismo. Usted se lo piensa con todo el tiempo que necesite y cuando otro día volvamos, me dice si quiere o no venirse a la casa que tenemos en el pueblo
- La verdad es que yo te agradezco la generosidad, pero creo que la respuesta te la puedo dar ahora mismo.
- ¿Y cual es?
- Pues que si me fuera con vosotros a vivir a ese pueblo no me sentiría feliz. A mí nunca me gustó ni molestar ni ser una carga para nadie. Aunque vosotros seáis buenos amigos, pienso que no dejaré de ser una molestia en la casa. Estaréis pendientes de mí para la comida, el vestido, si hace o no, frío o calor... en fin, un montón de cosas que a la larga serán molestas para vosotros. Y por otro lado también estoy pensando que si no me encuentro agusto, por lo que ya antes te he dicho, y porque aquel no es mi mundo, ¿quién puede asegurar que un día no me saldré de la casa vuestra y sin deciros nada me vuelvo otra vez a este cortijo?
- Si eso ocurriera nadie se iba a enfadar. Comprendemos que está en su derecho y que sus cosas y sus recuerdos son más fuertes que cuanto nosotros podamos darle.
- Pero tú fíjate qué faena y a vosotros que tan buenos sois.

Por eso ya te decía que es mejor no irme a esa casa que tenéis en el pueblo. Yo ya estoy muy acostumbrada a vivir en este cortijo encima de la ladera y entre el monte. Tan acostumbrada estoy a la lumbre y al candil que el problema para mí iba a ser lo contrario: hacerme a la luz eléctrica y esas comodidades que ponen en vuestras casas. Yo sé que iba a echar de menos el calor de la lumbre con la chimenea y el

chisporrotear de los tizones ardiendo lentamente. Tampoco me iba a sentir bien en una cama con finas sábanas ni en un cuarto de baño con grifos y todas las cosas que allí tenéis.

Yo estoy muy acostumbrada a este cuartucho mío y a lavarme de vez en cuando, en el charco del arroyo que corre por aquí y te aseguro que esto no es ningún sacrificio para mí. Tan poco es ningún sacrificio levantarme cada día al salir el sol, encender la lumbre, darle de comer a las cuatro gallinas, ir a la huerta a regarla, salir al monte a recoger leña, ordeñar las cabras y recoger piñas secas para cuando llegue el invierno. Tan acostumbrada estoy a estas cosas y tantas veces las he hecho a lo largo de mi vida, que si ahora me faltan, creo que me aburriría mucho. Y sé que tú estás pensando que con mis años, algún día me faltarán las fuerzas para arreglarme sola. También he pensando eso, pero como mi vida y mi suerte, desde hace tiempo, la tengo en las manos del Señor, yo confío en que El vaya cuidando de mí hasta el día en que decida llevarme a su lado. Y ya termino. No tengo nada más que decirte sino que te agradezco tu sincera muestra de cariño.

Al terminar la abuelita de pronunciar estas palabras, la señorita permaneció en silencio. No sabía qué decir por la gran claridad con que la anciana se había expresado. Miró al mayoral y con gestos, éste le dijo que no siguiera insistiendo, se dirigió de nuevo a la abuelita y le dijo:
- De todos modos usted lo sigue pensandolo y si algún día quiere venirse no tiene nada más que decirlo.
- Como ya sé que vosotros me queréis y como el mayoral viene por aquí de vez en cuando, pues si cambio de opinión, se lo digo.
- En eso quedamos y ahora nos vamos que en mitad de la cuesta, nos espera la señora.
- Pero ya que estáis aquí tenéis que compartir conmigo un

tazón de leche. Es de mi cabra y está recién ordeñada.
- Lo aceptamos, pero no queremos ser pesados.
- Me estáis dando compañía y eso es importante para mí.

Y sin más, los tres se sentaron frente al fuego de la chimenea donde, en una olla de barro, la abuelita tenía calentita la leche. Echó una poca en los tazones también de barro y mientras se la iban tomando hablaron de la huerta, del cortijo tan solitario en aquel monte, del trozo de pared que el último invierno se le había caído por el lado del arroyo, de los hijos que se fueron y nunca más volvieron, de los ciervos que cada noche bajaban y se comían las lechugas y los arboles frutales, de las nogueras viejas que este año no han dando nueces porque los hielos la habían quemado.
- Cuando ya tenían las flores brotadas, porque la primavera se adelantó, vinieron los hielos y quemó y las flores.
Decía la anciana.

Hablaron también de los caracoles, de los espárragos que por todo aquel monte crecían, de los nidos de perdiz al llegar la primavera, de las nieves, de las lluvias y la crecida de los arroyos y cuando ya iba llegando el día a su centro, el mayoral y la señorita se despidieron.
- Que volváis.
- Volveremos y nos estaremos aquí más rato.

Emprendieron por el regreso ladera abajo y en cuanto empezaron a alejarse, comenzaron a comentar las impresiones que la abuela había dejado sobre sus almas.
- Lo feliz que es y la paz que tiene a pesar de que parece lo contrario.
- Es lo que la mayoría de nosotros nos decimos y por estas razones la respetamos tanto, dejándola con sus cosas y su mundo a pesar del peligro que tiene.

Decía el mayoral y en estos momentos sientes voces.
- ¡Espera!
Exclama la señorita. Detuvieron el paso y atentos escucharon. Oyeron otra vez un fuerte grito y ahora más claro.
- ¡Es la señora!
Exclamó el mayoral.
- ¿Qué le pasará?
- Bajemos aprisa no sea que le ocurra algo.
Ambos descendieron rápidos por la senda, atropellando monte y cuando trazaron la curva del pino grande, la vieron. La señora estaba acurrucada contra el tronco del árbol, defendida por la perra del mayoral que reculada en sus pies hacía cara a todo lo que se acercaba a la señora mientras ella gritaba llena de miedo.

- ¿Qué ha pasado?
Preguntó enseguida el mayoral.
- Una vaca me ha atacado.
- Pero si estas vacas no son bravas.
- No serán bravas, pero yo me he salvado de milagro. Si no llega a ser por la perra ahora estaría por el monte todo hecha polvo.
- Tranquilícese señora, que ya estamos nosotros aquí para ayudarle en lo que haga falta. Pero me interesa saber qué es lo que ha pasado y cómo porque hasta hoy tenía creído que mis vacas no envestían a la gente. Si resulta que sin saberlo en mi manada tengo alguna brava, tendré que tomar medidas antes de que algún día ocurra lo peor. A ver, cuénteme usted.

- Yo estaba sentada bajo la sombra del pino tal como me indicó y tan agotada me encontraba que ni siquiera me apeteció levantarme para dar un paseo y resulta que estando tan tranquila, de pronto, siento un gran tropel. Venía de allí, del lado del arroyo y claro, enseguida miré asustada y más me

asusté cuando vi lo que era.
- ¿Qué era?
Preguntó la señorita.
- Una enorme vaca que con la fuerza de un huracán, atravesaba el monte y rugiendo en mi busca. Traía el rabo alzado, la cornamenta bien preparada hacía adelante y mientras mugía, se retorcía salvaje dando saltos por entre el monte y las rocas. Parecía como si me hubiera visto porque venía toda derecha a mí con la mala intención de llevarme por delante.

Me levanté asustada, me aplasté contra el tronco del pino y menos mal que la perra enseguida la vio, salió a su encuentro y poniéndose delante, le hizo cara dando grande ladridos. Se ve que la vaca le teme a la perra y por eso torció su carrera y sin dejar el trotar endemoniado que traía, siguió saltando por el monte y se perdió ladera abajo. ¡Pero válgame el cielo qué susto al verla tan cerca y con la carrera que traía! Vamos que me hubiera lanzado por los aires y me hubiera tirado barranco abajo por este monte de no ser por la perra.

- Ya ha pasado todo, señora, y gracias a Dios que no ha ocurrido nada. Así que se tranquilícese porque, además, le voy a decir qué es lo que le ocurría a ese animal.
Al pronunciar estas palabras, tanto la señorita como la señora, se le quedaron mirando y ansiosas esperaban la explicación del mayoral.
- ¿Qué ha sido?
- En primer lugar ni la vaca es brava ni le quiso atacar.
- ¿Entonces?
- Pues que al animal le ha picado la mosca, como le pica la mosca a todas las vacas en la época del calor y se puso a correr, que es lo que siempre ellas hacen para defenderse de la molesta picazón que el insecto le produce.

- Pero señor mayoral, eso "de picar" la mosca ¿qué es?
- Científicamente no sé explicarlo, pero en mi lenguaje y en mi experiencia de todos los días, sí lo puedo describir. Lo de la mosca en las vacas, pues es eso: unas moscas grandes que atacan a los animales produciéndoles un escozor muy doloroso y por eso salen corriendo. Se les mete entre las pezuñas de los pies y es ahí donde les pica para chuparles la sangre. Al hincar el aguijón les inyectan un veneno que por lo visto debe ser muy doloroso y claro, como en esa parte del cuerpo las vacas no tienen ningún medio para espantar a las moscas, lo único que se les ocurre es salir corriendo. En esa huida loca que parecen que van rabiosas, siempre buscan la espesura del monte, los arroyos de aguas y las sombras de los árboles porque creen que de ese modo se quintan de encima la picazón de tan molesto insecto.

La vaca que hace un rato usted ha visto por aquí ni es brava ni venía con intención de atacarle, sino que corría con el rabo empinado y con la mosca entre las pezuñas. Seguro que el animal ni siquiera sabía que bajo este pino descansaba la señora, y claro, también se habrá llevado una sorpresa.
- Yo no sé si será así o no, el caso es que sino hubiera sido por la perra de usted la vaca me habría destrozado. Ya le digo que la perra se puso delante, haciéndole cara y ladrando de tal modo que si la vaca hubiera insistido acercase hasta mí, yo estoy segura que lo habría tenido que hacer por encima de la perra. Su perra desde hoy pasa a ser mi amiga y tanto que hasta me atrevo a pedírle que me la regale para que me la lleve conmigo al pueblo.

Al oír estas palabras, el mayoral se sintió un poco preocupado. La hermosa perra que en estos momentos la señora quería, era su mejor compañera también de toda la vida. Siempre que el mayoral iba por el monte cuidando las

cabras, la perra le acompañaba y siempre que tenía que mover las cabras de acá para allá, era la perra la que se encargaba de conducirlas. Tan compenetrados estaban los tres, cabras, perra y mayoral, que sin tragedia ni violencia todo funcionaba perfectamente. El mayoral daba las órdenes, la perra las ponía en práctica y las cabras obedecían con la más sabia inteligencia. Si ahora la señora se encaprichaba con la perra y se la llevaba a su casa, para él, iba a ser un extravío. Pero como era la señora, si el mayoral se negaba al capricho, podría ella sentirse contrariedad. Por eso preocupado dijo:

- La señora, desde hoy esta perra mía es suya y estoy segura que a ella también le gustará tener una nueva dueña como usted, pero si me permite me voy a atrever a dar mi opinión.
- ¿Cuál es tu opinión?
- Que como el animal se ha criado conmigo, en medio del monte y junto a las vacas, si ahora, de la noche a la mañana, se la lleva a la casa suya del pueblo, puede sentirse extrañada.
- ¿Qué se le ocurre que podemos hacer?
- Como sé que usted ha quedado agradecida a esta perra por lo que ella ha hecho hoy, creo que lo mejor es eso: que a partir de este momento la considera suya propia y para siempre, cosas que ella se lo va a agradecer desde el primer día, pero vamos a dejarla como siempre estuvo, aquí conmigo, junto a las vacas y en la sierra y cuando usted venga por aquí, se la lleva para donde quiera ¿Qué le parece?
- Pues que es buena idea. Usted mejor que nadie la conoce y sabe cómo cuidarla, pero tenga en cuenta que mientras viva tanto ella como yo, nos pertenecemos. Nunca podré olvidar lo que hoy ha hecho por mí.

A partir de este momento, los tres y la perra detrás, siguieron bajando por la senda y una media hora después, ya

estaban en la casa de cortijo grande. Allí hablaron del encuentro con la anciana, de la vaca brava y la perra y del proyecto para el futuro que de todo aquello había brotado. Aquel día la tarde se les pasó rápida y en cuanto se hizo de noche, el valle y laderas, quedaron cubiertas por las nubes negras de una gran tormenta. Empezó a soplar el viento y a tronar a primera hora y antes de que la noche llegara a su centro, la lluvia comenzó a caer con fuerza. En su pequeño cortijo, la anciana se despertó asustada y aunque enseguida se dijo que aquello era una tormenta como tantas, al poco empezó a tener miedo.

Llovía en forma de diluvio y soplaba el viento arrancando las tejas del cortijo y doblando el monte. Se llenó ella de miedo y mientras se acurrucaba junto a la cocina por donde le empezó a entrar el agua y la ponía empapada e inundaba la estancia, la preocupación se le metió hasta en lo más hondo del alma.

“Después de esta nube mañana subirá otra vez esa señorita y como va a ver el cortijo roto, inundado y sin techo, quiera yo o no, me sacarán de aquí y me llevarán con ellos a su pueblo. Seguro que sucederá eso y entonces me moriré de tristeza. ¿Qué haré en un pueblo extraño sin mi huerto, sin mis gallinas, sin mis cabras, sin mi sierra? Me moriré de pena sin remedio aunque ellos piensen que me están dando la felicidad. Sin nada que hacer, porque no me dejarán que haga cosas, sin libertad para levantarme e ir donde quiera y sin animales ni monte, ¿cómo me voy a sentir feliz por más rodeada que me encuentre de personas y ciudades?”

Esto es lo que pensaba la anciana, en la oscuridad de su cortijo mientras la tormenta descargaba y los truenos resonaban por los barrancos. Este era su miedo en el centro

de la ladera, la densa oscuridad de la noche y en la lejanía del cortijo.

"Así que antes de que esto suceda mejor sería que el Señor esta noche, se apiadara de mí y me llevará con él definitivamente. Las personas que a partir de ahora me rodeen, sólo van a traerme sufrimientos, aunque ellos piensen que me hacen bien. Mejor sería que esta noche el Señor se apiadara de mí y me recogiera ya, antes de que ellos me complicaran más la vida". Seguía diciéndose toda llena de miedo y empapada por la lluvia.

En aquella ocasión, a media noche dejó de llover, se apaciguó el viento y cuando al día siguiente amaneció, sobre la ladera y el valle, lucía un sol de oro con tonos de estrellas blancas. En el cortijo grande se acordaron de la anciana, pero nadie subió a verla. Todos acordaron en que ya irían otro día con la idea de convencerla para que se fuera al pueblo".

Y a mi me dijeron que unos días después que este joven tuviera el encuentro con las ruinas de su aldea, se lo encontraro muerto junto al arroyo de la cascada del musgo. Estaba sobre una roca, la que arropa el roble gordo y baña la corriente clara. En su manos todavía tenía un papel escrito que decía así:

"ESTOY SENTADO DONDE EL ARROYO se abre en dos por entre las rocas y en el sillón de musgo verde, aunque seco porque es agosto, que Tú me has preparado. Por los lados, al frente y a las espaldas me rebosa y arropa el bosque y mientras me baña su sombra espesa y me perfuma el rumor de la corriente saltando la estrechura de las rocas, observo atento el silencio entre la espesura de las hojas y me distraigo con las que de vez en cuando se desprenden y caen al suelo. Noto que muchas de ellas ya están secas, pero otras todavía están verdes y, sin embargo, se sueltan de

sus ramas, trazan dibujos por el aire mientras caen y sobre las piedras, la tierra e incluso sobre mi propio cuerpo, se paran y se mezclan con las que cayeron ayer, hace dos días, el año pasado y las de hace diez años. ¡Qué cantidad de hojas tiene el suelo de este bosque y en su silencio!

Estoy mirando algo distraído sin dejar de estar contigo y a lo lejos y sobre el cerrillo, veo el rodal de tierra donde estuvo la casa, la pequeña casa del misterio y hasta los veo a ellos, aunque ya no están, dentro. El padre, la madre, el hermano y la hermana y el padre, aquella mañana de invierno, Tú te lo llevaste y acepto que porque lo tendrías escrito y los que quedaron, también un poco ya murieron.

Sólo hace un momento, he bajado del rincón y la llanura en lo alto del cerro y donde estaba la casa pequeña, blanca y de viento ¿sabes lo que mis ojos han visto? Nada más que suelo y la llanura llena de pasto y donde el ciruelo, las piedras de las paredes rodando, zarzas por el huerto, muchos pinos junto a la fuente, muchas ramas secas de los viejos majuelos y luego silencio, soledad, el azul de tu cielo y luego la lejanía donde las nubes y en lo más alto del cerro y algún tizón de aquella lumbre todavía rodando y negro y los caminos borrados y el chorro del arroyuelo que ellos también tenían, saltando limpio y ajeno y luego más soledad y en la ausencia, su recuerdo y su perfume con su cara de madre hermosa y su beso en la mejilla de la hija que se va y también es bella y después más ausencia y ya el silencio y contigo y la sierra y la fuente y mi corazón y su sueño y mi sueño.

Y ahora estoy sentado en este sillón de piedra que aquí, entre el arroyuelo, Tú me has preparado y miro al valle y a las hojas del bosque que caen al suelo y me voy por la ladera siguiendo al viento y las veo a ellas afanadas en sus luchas y su cortijo y ellos y te miro a Ti y miro al cerro y me abrazo a las

nubes y lloro y me aferro a la vida, a mi ilusión, a mi sueño y te digo y me digo que si aquello era bueno y, además limpio, noble y bello ¿Por qué tuvimos que irnos y las cosas fueron como Tú y yo sabemos?

Y aquí estoy sentado, entre las hojas del bosque denso y respiro y te palpo y miro a lo lejos y donde la sierra limpia y verde y el sol esparce sus reflejos, te sigo viendo a Ti y los veo a ellos y después de tanto, me convenzo que ahí están contigo abrazados y para siempre eternos".

Yo, ya por hoy y ésta, creo que debo poner punto y final. Después de la historia que acabo de contarte, no me quedan muchas ganas de narrar más cosas de esta sierra. Lo de esta mujer ¿tú no crees que fue la más libre del mundo? Consciente eligió ella morir en su tierra, pobre y sola, antes que someterse a los otros para ser esclava de sus caprichos. ¿Y tú no crees que el amor a la libertad es la mejor manera de amar a los demás? De este modo, uno deja a los otros también en su liberdad para que sean responsables de sus actos, elegidos por sí mismos y no obligado por nada ni nadie, que son los que les darán el gozo o la desdicha. Y lo digo porque según descubro, lo contrario a esta libertad, someter y coacionar a las personas, es el egoismo más puro. ¿No lo crees tú así?

Ya sé que te dije que hablaríamos del libro y un par de temas más. Mejor lo dejamos para otro momento. Porque además, también quiero hablar contigo, de los escritos que dicen aquel joven tenía guardados en su zurrón o macuto. Según he oído, con un estilo sencillo y lenguaje escaso, él había escrito mucho sobre estas sierras. Algo grandioso que el día que se pueda leer, asombrará al mundo entero. Pero ¿saldrán a la luz esos escritos o alguien antes los cogerá y los quemará? Sería una pena y una auténtica tragedia, para la

humanidad entera, como lo fue el desastre que venimos contando ¿Qué me dices de este asunto?

Espero tu respuesta y ya sabes, si las cosas no se complican y Dios nos sigue dando fuerzas y salud, cuando vuelvas, tenemos que continuar con la tarea que tienes en mente. Tú y tus tierras teneis tesoros que merecen la pena descubrir. Saludos desde esta espera.